

LO SOCIAL Y EL PADECIMIENTO EN LA ERA DE LA INMEDIATEZ Y LA DESIGUALDAD

**ALGUNAS COORDENADAS PARA PENSAR
LA INTERVENCIÓN**

LO SOCIAL Y EL PADECIMIENTO EN LA ERA DE LA INMEDIATEZ Y LA DESIGUALDAD

ALGUNAS COORDENADAS PARA PENSAR LA INTERVENCIÓN

ALFREDO JUAN MANUEL CARBALLEDA

**LO SOCIAL Y EL PADECIMIENTO
EN LA ERA DE LA INMEDIATEZ Y
LA DESIGUALDAD**

ALGUNAS COORDENADAS PARA PENSAR LA INTERVENCIÓN



EDITORIAL **margen**

Carballeda, Alfredo Juan Manuel

Lo social y el padecimiento en la era de la inmediatez y la desigualdad : algunas coordenadas para pensar la intervención / Alfredo Juan Manuel Carballeda. - 1era ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfredo Juan Manuel Carballeda, 2025.

155 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-631-01-2180-2

1. Trabajo Social. I. Título.

CDD 361.3

Maquetación interior y exterior: Editorial Margen

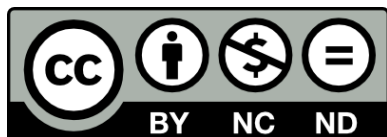
Editorial Margen – Cooperativa de Trabajo Margen Ltda.

Miller 2039 PB “A” / Ciudad Autónoma de Buenos Aires
C1431GDF / Argentina

+54 011 4522 8113

correo@margen.org

www.margen.org



2025. Esta obra se edita bajo Licencia
Creative Commons Atribución – Sin
Obra Derivada 4.0 Internacional.

ÍNDICE

A MODO DE INTRODUCCIÓN.....	13
PRÓLOGO	15
LOS TIEMPOS DE LA GRAN RUPTURA.....	15

CAPÍTULO 1

LAS PRÁCTICAS, NECESARIAMENTE INVOLUCRADAS.....	19
ALGUNAS APROXIMACIONES A LOS NUEVOS ESCENARIOS SOCIALES	19
UNA MIRADA DESDE LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL	22

CAPÍTULO 2

ENSAYO SOBRE LA CUESTIÓN SOCIAL	25
LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA TENSIÓN ENTRE LA INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN DE LA SOCIEDAD	25
CUESTIÓN SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD	27
LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA JUSTIFICACIÓN DE LA DESIGUALDAD.....	30
ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LA DESIGUALDAD.....	33
CUESTIÓN SOCIAL, OBSCENIDAD Y ÁNGUSTIA	35
CUESTIÓN SOCIAL Y CAÍDA DE LOS VALORES DEMOCRÁTICOS	37
COLONIZACIÓN, CUESTIÓN SOCIAL, CUESTIÓN NACIONAL	40
ALGUNAS CONCLUSIONES.....	43

CAPÍTULO 3

GEOPOLÍTICA DE LA CUESTIÓN SOCIAL.....	45
CUANDO LA RIQUEZA GENERA POBREZA	45
ALGUNAS PERSPECTIVAS DESDE LA NOCIÓN DE “CUESTIÓN SOCIAL”	47
UNA MIRADA A LA GEOPOLÍTICA DE LA CUESTIÓN SOCIAL DESDE LO CULTURAL.....	50
LA DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LA POBREZA EN UN MUNDO DONDE LOS RICOS SON CADA VEZ MÁS RICOS	52
LOS ARGUMENTOS HEGEMÓNICOS DE LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD. LA CRISIS DEL PENSAMIENTO ILUSTRADO.....	54

CAPÍTULO 4

LO SOCIAL Y EL PADECIMIENTO SUBJETIVO. LA SALUD MENTAL EN CONTEXTOS DE DESIGUALDAD Y MISERIA PLANIFICADA	57
NUEVAS FORMAS DEL PADECIMIENTO SUBJETIVO: LAS SOCIEDADES DE LA DESOLACIÓN, FRUSTRACIÓN E INCERTIDUMBRE	62
DESIGUALDAD Y PADECIMIENTO SUBJETIVO.....	64

CAPÍTULO 5

APUNTES PARA REFLEXIONAR SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PENSAMIENTO COLONIZADO	67
LA CONSTRUCCIÓN DE LA INFERIORIDAD	67
LA CONSTRUCCIÓN DE LA INFERIORIDAD	69
LOS RIESGOS DEL MÉRITO.....	73

CAPITULO 6

LA IRRUPCIÓN DE UN SUJETO INESPERADO EN LAS INSTITUCIONES Y LAS PRÁCTICAS Y LAS PROBLEMÁTICAS SOCIALES COMPLEJAS	77
SUBJETIVIDAD Y FRAGMENTACIÓN SOCIAL	77
LA FRAGMENTACIÓN INSTITUCIONAL.....	80
LA IRRUPCIÓN DE UN SUJETO INESPERADO.....	82
SUBJETIVIDADES RESISTENCIAS Y FUTURO.....	85
LAS PROBLEMÁTICAS SOCIALES COMPLEJAS.....	85

CAPITULO 7

LA ACCESIBILIDAD COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS DE LAS DESIGUALDADES EN EL SISTEMA DE SALUD	93
LA COMPLEJIDAD DE LOS ESCENARIOS ACTUALES	93
EL ESTUDIO DE LA ACCESIBILIDAD EN EL SISTEMA DE SALUD COMO VÍA DE ENTRADA AL ANÁLISIS Y DISEÑO DE POLÍTICAS.....	95
LA ACCESIBILIDAD HOY Y LAS MARCAS DEL TERRORISMO DE MERCADO.....	99
ACCESIBILIDAD, CUERPO Y NEOLIBERALISMO	101
LA ACCESIBILIDAD Y LA INCERTIDUMBRE EN LA ATENCIÓN DENTRO DEL CAMPO DE LA SALUD	103
ACCESIBILIDAD Y TERRITORIO	106
LA ACCESIBILIDAD Y LOS EQUIPOS DE SALUD	107
LA ACCESIBILIDAD COMO CATEGORÍA EN LAS POLÍTICAS DE SALUD	110

CAPÍTULO 8

EL CONSUMO PROBLEMÁTICO DE SUSTANCIAS EN ESCENARIOS DE DESENCANTO E INCERTIDUMBRE	113
LA ÉPOCA.....	113
EL ESCENARIO	114
LOS CONSUMOS PROBLEMÁTICOS EN UNA SOCIEDAD ADOLESCENTE	118
EL CONSUMO PROBLEMÁTICO DE SUSTANCIAS	121
LO ÉTICO Y LO SOCIAL EN EL CAMPO DEL CONSUMO PROBLEMÁTICO.....	123
LA INTERVENCIÓN.....	125

CAPÍTULO 9

LA INTEGRACIÓN DESDE LA CULTURA. LOS LAZOS SOCIALES.....	129
TRAMAS Y LAZOS SOCIALES.....	129
LAZO SOCIAL Y SISTEMAS DE CÓDIGO Y SANCIÓN.....	132
LOS LAZOS SOCIALES, ALGUNAS CUESTIONES TEÓRICAS E INSTRUMENTALES.....	134

CAPÍTULO 10

CARTOGRAFÍAS E INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL.....	137
EL TERRITORIO COMO ESPACIO DE INTERVENCIÓN SOCIAL.....	137
CARTOGRAFÍAS, TERRITORIO E INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL	140
ALGUNAS CUESTIONES METODOLÓGICAS	142
ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES	145

*Para Patricia, mi compañera de ruta, sin ella este libro
y muchas otras cosas más no hubiesen sido posibles.*

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En este libro trabajamos con algunos textos que necesitaban ser reescritos en función de los cambios de contexto y su necesaria actualización.

Intentamos trabajar con más categorías de análisis que entendemos pueden ser útiles tanto para la “lectura” de la sociedad como para la Intervención en lo Social; de allí que, por ejemplo, la noción de accesibilidad, lazo social, problemáticas sociales complejas, entre otros temas, se presentan como categorías de análisis.

BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 2025

PRÓLOGO

LOS TIEMPOS DE LA GRAN RUPTURA

El trípode Libertad, Igualdad y Fraternidad que dio forma a los ideales de Occidente desde mediados del siglo XVIII estalla y se separa luego de décadas de desgastes y contradicciones.

Minuto a minuto se difumina el mundo en el que la utopía de la Libertad era sostenida desde la Igualdad y esa amalgama construía o prometía sociedades fraternas, inclusivas y con perspectivas de diferentes formas promisorias de futuro. De este modo, se derrumba la integración social ante el avance de las ultraderechas a nivel mundial, generando una quiebra en el sustento de los ideales de la Democracia.

Esa gran ruptura logró hacer que cada uno de esos conceptos, más que fusionarse y hacerse más potentes, se separaran y pujaran entre sí. De esta manera habitamos una cultura que nos recuerda de manera permanente que la Libertad es un bien que debe adquirirse en el Mercado a través de esfuerzos ligados al mérito. Así, la Libertad dejó de ser un derecho para convertirse en un atributo de los supuestos “ganadores” en la puja del “libre” Mercado; los

libres son los opresores, los que se apropiaron de las vidas y las subjetividades, mientras que en este “nuevo esquema”, los de abajo, los desposeídos, no son dignos de la Libertad.

Así, al desprenderse de la Igualdad, la Libertad se convierte en una tensión en la que la igualdad de unos perjudicaría la libertad económica de otros, mientras que la Fraternidad —la idea de cohesión, de integración social— es presentada como una utopía romántica, impracticable y naïf.

La fraternidad se ha transformado en un valor olvidado que reaparece solo cuando, desde una necesidad publicitaria, el Mercado convoca a la unión recordando viejos sentimientos relegados en el fondo de la memoria.

Surge de esta manera una Libertad sin sociedad, sin acuerdos, sin mediaciones, sin responsabilidades, sin contrato, sin reglas; una Libertad que solo pueden ejercer los poderosos. Justamente, en nombre de la Libertad se ataca lo que queda de las tramas sociales, la esencia de los sujetos colectivos y se descalifica toda utopía de igualdad.

La posibilidad de contención y apoyo a través de los Estados es llamada “populismo” y así es descalificada y desmantelada. Lo mismo ocurre con la defensa de los derechos de los más débiles, que rápidamente es acusada de “garantista”, como si garantizar derechos sociales y civiles fuese una especie de emulación del delito y la transgresión. A partir de una serie de hábiles maniobras comunicacionales y subjetivas, los más poderosos logran romper la noción de lo colectivo y dirigir la culpa hacia los más débiles, a los excluidos, incluyendo a todas las estrategias de reparación de la desigualdad.

Es difícil pensar la Fraternidad en un contexto en el que sobresale la competencia sin reglas, la impunidad del poder económico y judicial, mientras que el sustento de todas estas cuestiones es una especie de telón de fondo en el que se elogia la ignorancia y la inmediatez. Así, los “panelistas” de diferentes medios de comunicación se muestran como los nuevos sabios en tanto apóstoles del desconcierto y la confusión.

Ese trípode se derrumba.

Tal vez esa caída demuestre lo endeble de su sentido fundacional y, fundamentalmente, que es necesario construir otras formas de sostén, con otras lógicas y con una perspectiva puesta en el Sur, tomando algunos aportes de esa promesa surgida en 1789 y que fue base de nuestras independencias pero construida desde un pensar situado, sin ausencias ni prohibiciones, en la que la dignidad y la condición humana sean los ejes rectores por encima de las libertades que solo benefician a los más fuertes y especialmente a los Mercados.

No hay Libertad en la desigualdad, en lo indigno, en la fragmentación, en comunidades ausentes.

No hay libertad sin otredad.

CAPÍTULO 1

LAS PRÁCTICAS, NECESARIAMENTE INVOLUCRADAS

El problema de la filosofía es el problema de la libertad, no es el búho que levanta el vuelo al anochecer, porque ya ha visto todo lo que ocurre durante el día, sino que esconde también la sorpresa de la noche y la espera del amanecer. Filosofar es programar el amanecer al cabo de la noche. Es plantearse la liberación que ocurrirá seguramente al día siguiente. (Rodolfo Kusch, 2000)

ALGUNAS APROXIMACIONES A LOS NUEVOS ESCENARIOS SOCIALES

Las transformaciones ocurridas en los últimos años han generado escenarios atravesados por nuevas y diferentes formas de la desigualdad social, acompañadas por un consecuente crecimiento en la complejidad de la Cuestión Social a través de enmarañados condicionantes. Estos suelen expresarse en nuevas configuraciones de los Problemas Sociales que se enuncian demandando a la sociedad y a las prácticas que se construyen como respuesta y, desde allí, van construyendo otras formas de interpelación hacia la comprensión y explicación de los mismos.

Se cuestiona incluso la noción de lo Social. Los conservadores más acérrimos no tienen ningún prejuicio en negar a la sociedad

y mucho menos la noción de comunidad. A partir de esta perspectiva, el único vínculo o lazo que queda es de carácter utilitario o económico, construyendo una forma de relación mediada por la lógica del costo y el beneficio.

Esta serie de nuevas dificultades se expresan en las diferentes formas de relación entre lo Social y la Intervención en variados y diversos aspectos conceptuales y metodológicos.

Una práctica Involucrada surge de la necesidad de diferentes desarrollos, puntos de vista, miradas y diálogos con lo teórico, que impliquen la recuperación de la historia, introduzcan una nueva mirada crítica y se traduzcan en más estrategias instrumentales.

Así, la palabra involucrar —que proviene del latín *invol crum*, que significa una forma de “envoltura”— nos sumerge en el sentido de abarcar, incluir, comprender e introducirnos en la búsqueda de acompañamiento, cuidado y comprensión de los problemas sociales; una envoltura que nos protege de la lógica neoliberal.

Pero también, involucrarse significa entrometerse, tomar compromiso, hacer. Se trata de incorporar en lo dado —los discursos, las prácticas, los escritos, etc.— aquellas cuestiones negadas que las hacen ajenas, impensadas, censuradas, prohibidas; para que desde esa implicancia puedan facilitar la construcción de más instancias de reflexión, pensamiento y acción.

Allí, en el lugar donde un velo se cae como efecto del hacer, las perspectivas se transforman y la mirada tiene la oportunidad de abarcar otras posibilidades, direccionando a la escucha de una manera diferente. Así, el orden impuesto comienza a ser cuestionado, repreguntado, desnaturalizado.

Involucrarse también significa comprometerse dentro de esa complejidad, tomar partido, posicionarse. De este modo, el compromiso, esa toma de posición, tensiona y enriquece al cuestionamiento, aprende de este, lo absorbe y lo transforma en otra forma de reflexionar y de hacer.

Una práctica Involucrada requiere además de una responsabilidad que en Nuestra América pasa por la recuperación de lo colectivo, la cultura, lo comunitario, para desde allí facilitar las condiciones para la producción de nuevos caminos, construcciones y rupturas que incluyan a otras lógicas y perspectivas fundadas en lo propio, desde un pensar situado.

Además de repensar lo teórico, estas circunstancias también reclaman nuevas formas de ocuparse, así como la revisión de lo instrumental a fin de generar nuevos diálogos entre lo estético, lo lúdico, lo creativo, sumando a su vez el desarrollo de estudios que aproximen formas novedosas de comprensión y explicación de los diferentes contextos, como así también la generación de formas actualizadas y propias de construcción de conocimiento.

De ese modo, la mirada de los Otros —y su escucha— se transforma en un requisito oportuno y necesario de los desafíos de esta época; de ahí que la apertura a más actores sociales, saberes y disciplinas genere más formas de diálogo desde un compromiso ético político en un contexto en el que el Deseo es apropiado y encarcelado por el Mercado, perdiéndose en las múltiples fragmentaciones de la sociedad.

UNA MIRADA DESDE LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

Estas nuevas expresiones de lo Social que se enuncian en las primeras décadas de este siglo muestran la necesidad que tienen las Ciencias Sociales de los aportes del Trabajo Social, entendido como un campo en el que lo Instrumental se construye en encuentros permanentes y dinámicos entre las diferentes demandas que surgen de lo cotidiano y su complejidad; espacios, lugares, experiencias en los que la práctica interpela a la teoría y donde la demanda funda el hacer.

El Trabajo Social surge a través de la construcción de respuestas a demandas que son simplemente la sumatoria de diferentes problemas sociales que se expresan en la particularidad, en la singularidad y en la explicación subjetiva de cada circunstancia individual, familiar, grupal y comunitaria, en una interacción entre lo macro y lo microsocial.

La característica de esta disciplina se inscribe en esos aspectos, es decir en el desarrollo de intervenciones en escenarios de suma complicación en los que los problemas sociales se hacen singulares a partir de intensos y complejos encuentros entre lo macro y lo microsocial, que siempre se reescriben a nivel territorial.

El Trabajo Social se construye como proceso. De este modo, en su propio devenir va instituyendo preguntas y respuestas fundadas, apoyadas teóricamente a partir de diferentes diálogos con otros campos de saber; preguntas y respuestas que a veces son interpelaciones hacia la propia experiencia para, desde allí, construir un hacer.

Desde este campo disciplinar se intenta dar respuestas a circunstancias que abarcan lo singular, el lazo social y el acceso a sistemas de protección social, los que se presentan como cada vez más complejos y muchas veces hostiles, en instituciones azoradas que pierden su capacidad de dar respuesta. El trabajo Social está allí, en el lugar donde el dolor que producen la injusticia, la intolerancia y las desigualdades se hace palabra y se expresa en la búsqueda de una explicación que se convierta en acción.

Una práctica involucrada necesariamente se construye desde un pensamiento situado. Este simplemente implica pensarnos como sociedad, cultura, comunidad desde nosotros, desde nuestra realidad, generando una ruptura en la forma en que fuimos pensados, contruidos, en la que predomina una enunciación ajena que justifica la opresión. De esta manera, el sujeto de la periferia, de la exclusión y que padece distintas formas de vulneración también fue narrado y contado por el dominador, visto a través de él y representado a través de los rasgos interpretados por este.

En pocas palabras, se trata de pensar diferente a como fuimos pensados. De ahí la relevancia del desarrollo en profundidad de la perspectiva de Derechos, el cuidado de la Ciudadanía, la Igualdad desde la noción de Autonomía, sabiendo que sin ellas no hay libertad posible, construyendo diferentes formas de diálogo entre el Estado, los Sujetos Colectivos y las Políticas Públicas. Todos ellos hoy se encuentran de una u otra forma cercenados, condicionados y dirigidos por el Mercado en sociedades en las que este se transforma en una especie de Leviatán al que hay que entregarle vidas, derechos y sufrimiento para lograr su “tranquilidad”.

Tal vez estemos frente a una inevitable y necesaria hora del pensamiento crítico para resistir las diferentes formas de colonización de la subjetividad, para visibilizar los mecanismos que utilizan las diferentes estructuras de poder para imponer sus discursos y valores y sus intereses intentando generar una obediencia inconsciente y una inclinación a un orden que se sostiene a través del sometimiento.

El Trabajo Social se funda entonces en una preocupación por la Otredad. En nuestro continente, ella fue negada desde el inicio de la Conquista en su condición humana. La invasión y la conquista generaron inevitablemente un proceso de colonización que abarcó tanto a lo territorial como a los sistemas de creencias, lo imaginario, lo simbólico y la subjetividad.

BIBLIOGRAFÍA

- Dussel, Enrique (1998). En búsqueda del sentido (origen y desarrollo de una filosofía de la liberación). En *Revista Anthropos: Enrique Dussel, Un proyecto ético político para América Latina*, N° 180, septiembre-octubre 1998, pág. 13. Barcelona, España. https://docs.enriquedussel.com/txt/Textos_Libros_Sobre_ED/1998.Revista_Anthropos-Enrique_Dussel.pdf
- Kusch, Rodolfo (2000). *La negación en el pensamiento popular*. Editorial Fundación Ross, Santa Fe, Argentina.

CAPÍTULO 2

ENSAYO SOBRE LA CUESTIÓN SOCIAL

El subdesarrollo no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas, de la falta de capitales en las regiones que se han mantenido alejadas del torrente de la historia del mundo, por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aun generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico del propio capitalismo. (Gunder Frank, 1963)

LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA TENSION ENTRE LA INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN DE LA SOCIEDAD

La fragmentación de la sociedad avanza generando nuevos espacios de exclusión y desencanto. Allí donde hasta hace poco tiempo se construían posibilidades de futuro y esperanza, hoy nos gobierna autoritariamente la incertidumbre, acompañada por una falta de expectativa con respecto al futuro que, impuesta violentamente, agobia y dificulta la integración social.

Las economías de las ultraderechas logran una vez más, tal vez en su etapa de mayor virulencia, socavar los cimientos de sociedades que habían comenzado a recorrer caminos de recuperación de su integración perdida de la mano de la perspectiva de derechos.

El retroceso hacia lugares y circunstancias que nunca hubiésemos sospechado invade a parte de nuestra región como una enfermedad contagiosa y endémica que parece no detenerse y va generando más y nuevas formas de dolor y padecimiento. Así, en la historia de los últimos doscientos años nunca hubo una diferencia tan marcada entre quienes concentran la riqueza y quienes quedan afuera de las condiciones mínimas de vida.

La pérdida de derechos fragmenta, individualiza, tanto al conflicto como a sus posibles formas de resolución. La presión que se le impone a la necesidad de seguir perteneciendo es tal, que se construyen formas de naturalización consensuada de la pérdida de derechos que hasta hace poco tiempo eran consideradas irrenunciables.

La idea básica de los derechos sociales se desdibuja lentamente en una suerte de retroceso al siglo XVIII, cuando lo establecido era que si una persona perdía un derecho, automáticamente lo perdía toda la sociedad. El enunciado más potente de las Revoluciones del siglo XIX, que sostenía la idea de que todos los hombres nacen libres e iguales se desdibuja ahora en los laberintos oscuros de una economía salvaje, mostrando quizá la peor etapa del capitalismo a través de su rostro financiero, inhumano y codicioso.

Al fragmentarse la sociedad, estallan nuevamente las instituciones y los barrios se ratifican como guetos urbanos donde la presencia del Estado se restringe día a día en la esfera de los derechos y se incrementa en lo punitivo. Por otro lado, las diferentes formas de resistencia que se construyen en los barrios son socavadas por organizaciones de tipo delictivo.

Esa fragmentación asimismo construye nuevas formas de subjetividad en la que se multiplica la falta de certeza con respecto al Otro, a la sociedad, a la organización de la vida cotidiana. El padecimiento recorre caminos complejos que van desde la singularidad, dialogan con lo territorial y se entremezclan con las circunstancias que marcan el sentido de lo macrosocial.

De esa manera, la fragmentación es doble. Por un lado se difumina y se va perdiendo el lazo social sostenido por la cultura y, por otro, la sociedad se tambalea ante la ausencia de ley, de normas, de ruptura del Contrato Social.

CUESTIÓN SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializa en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta.

(Eduardo Galeano, 2002)

El sentido común y la vida cotidiana se edifican en gran parte a partir de la violencia que propicia la concentración de la información y la constitución de un sentido común que justifica la desigualdad y desautoriza cualquier intento de terminarla. Mientras tanto, el terrorismo de Mercado genera nuevos signos en la construcción de subjetividad; en ellos, el temor a perder lo poco

que a cada uno le queda genera tensiones y violencia. A su vez, vivimos en sociedades en las que se fomenta y exalta el egoísmo, mientras que la falacia del esfuerzo individual se propone a sí misma como el único camino posible para escapar de una hecatombe que es producto de niveles nunca vistos de concentración de la riqueza a nivel mundial. Al naturalizarse la pérdida de derechos sociales, subrepticamente, nuestras sociedades se hacen más injustas, cada vez menos libres y solidarias.

La ecuación en la que sencillamente una necesidad se transforma de manera automática en un derecho social no cumplido es olvidada, reprimida, ocultada por los dueños de la comunicación, quedando relegada a espacios cada vez menos visitados en la esfera del sentido común. Así, la pérdida de derechos sociales trae un consecuente impacto en los derechos civiles que queda naturalizada e invisible. La noción de igualdad se separa de la de libertad y olvida premeditadamente la de fraternidad. La vinculación entre mérito y derecho es también una bandera que ostenta el triunfo del conservadurismo mientras avanza en su construcción de subjetividad conquistando puntos de vista y construyendo sentido común.

Así, también, la incertidumbre atraviesa y se naturaliza en la vida cotidiana y el solo pensar en el futuro puede transformarse en malestar, padecimiento, una especie de evocación del dolor que se vincula con la frustración.

Mediante estrategias publicitarias y comunicacionales, las sociedades capturadas por el Mercado intentan convencer acerca de la separación y sensación de extrañeza frente al Otro, afirmándose

en la ilusión de que es posible sobrevivir individualmente, mejorar sin sociedad, sin cultura, sin historia.

Se reproduce el discurso de los manuales y procedimientos que se apoyan en un individualismo exaltado, fundamentalista y patético, en el que pareciera que se pretende que los restos de los lazos sociales queden simplemente propuestos y enunciados a través de la lógica del costo y el beneficio. En la cultura ultraconservadora, la libertad individual se enuncia desde un egoísmo que transforma al prójimo en un instrumento, en un medio para un supuesto bienestar hedonista que se transformará indefectiblemente en una sensación efímera, solitaria y aislada. Pareciera que cada vez más la vinculación con los otros se desarrolla a través de diferentes formas de violencia: política, verbal y física. Las peleas entre personas, los conflictos vecinales, las agresiones, expresan lo que exaltan los discursos de odio que se emiten en diferentes pantallas y desde allí multiplican la sensación de espanto frente al Otro.

La inseguridad social es una construcción que tiene gran parte de su condición objetiva en la ausencia violenta y repentina de un Estado que lentamente estaba intentando acompañar, cuidar cobijar, para mutar de pronto en una especie de monstruo, cada vez más parecido a un Leviatán que desenmascara su faceta más arrogante y represiva.

De esta manera, a partir de las promesas de éxito que exaltan solo el esfuerzo individual y competitivo, el futuro se torna angustiante en un mundo en el que la capacidad de consumo muestra el lugar que cada uno posee en nuevas formas de estratificación social, mientras que el Otro es presentado y vivido como alguien

que está al acecho, esperando el momento para la usurpación de la ilusión de las seguridades conseguidas.

El padecimiento subjetivo se multiplica en una cultura en la que desde muchos sectores se sabe y se acepta —en forma implícita, silenciosa y con vergüenza, o bien desde lo explícito y prepotente— que no hay lugar para todos en las sociedades que se construyen teniendo como base a la desigualdad. Son sociedades en las que la angustia se presenta como una construcción permanente o un efecto —por qué no premeditado— para disciplinar y generar nuevas formas de control. En ellas se reafirma la construcción de cadenas causales de desventajas para cada una de las personas que operan hoy, desde la perspectiva de los discursos hegemónicos, como producto de déficits personales, individuales, por la “falta de superación” o “desmotivación”. De esta forma, la secuencia que va desde el estereotipo al prejuicio y desde allí a la estigmatización, se reproduce y sostiene no solo como una conjunción entre la justificación y la explicación de lo social sino como una forma de padecimiento subjetivo que es vivido esencialmente como culpa.

LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA JUSTIFICACIÓN DE LA DESIGUALDAD

La pobreza y los efectos de la desigualdad se tornan vergonzantes. Así, el padecimiento se inscribe a través de una doble vía: por un lado, la de la necesidad objetiva no cumplida y por otro, la de la situación de habitar en el mundo de los excluidos, de los

desechados por la lógica del Mercado. La comunicación prácticamente secuestrada por un periodismo que se llegó a autodenominar “de guerra”, pero contra el propio país, pulverizó la idea de opinión pública y nos demuestra sin pudor cómo la verdad puede ocultarse, negarse, hacer que sea olvidada e incluso ser transformada en procesos judiciales. Así, en esa forma de comunicación que se constituye también como una modalidad de relación social predomina la violencia, la coerción, la presión del más fuerte, logrando operar como control social de la vida cotidiana, el sentido común y la Democracia. De este modo, la comunicación, además de ser el instrumento preferido en estas sociedades de control, es también control en sí mismo a partir de imperativos, afirmaciones y violencias.

El Otro deja de ser sujeto si se encuentra en situación de exclusión social, ingresa a un oscuro espacio propio de los que están por fuera del ser, se lo deshumaniza, queda invisibilizado y de ese modo reaparecen discursos que sirvieron para justificar desde la “legalidad” a la conquista, la expoliación, la esclavitud, la desigualdad, la inferioridad racial y la represión.

Ese Otro es precedido por su imaginario y desde allí también se gesta una forma de control dual que por un lado opera como un autodisciplinamiento y, por otro, se conjuga con una aceptación pasiva desde la mirada de quienes transitan los espacios de la inclusión, la normalidad o cumplen con las expectativas del Mercado.

Pareciera que al estallar el trabajo remunerado y organizado mediante leyes laborales como forma de organización de la sociedad, se vuelve a los viejos esquemas de sociedades estamentales

que se utilizaron para la conquista de nuestro continente, donde las desigualdades sociales fueron construidas especialmente desde la noción de raza. De ese modo, como una de las explicaciones difundidas en el marco de los postulados neoliberales actuales, reaparece una forma de positivismo que se pretende imponer a través de la autosuperación, la autoayuda y el voluntarismo individualista, planteándose así una extraña combinación entre la condición genética de las personas y su capacidad de incorporar una suerte de voluntad calvinista que opera, sin pudor, como una forma de justificar la desigualdad.

Así, como signo de la época surge el rechazo al excluido, al pobre, esencialmente a su condición humana. De este modo, al perder su humanidad, la violencia del Mercado también llega en lo microsocioal y, de manera capilar, bajo la forma de violencias que van desde el rechazo y la insensibilización, el insulto, la agresión, llegando hasta al linchamiento y a los llamados crímenes de odio. Se trata de una feroz y espantosa amalgama que integra miedo y rechazo a los desposeídos, los expoliados, los excluidos, como uno de los efectos naturalizados en las sociedades en las que el terrorismo de Mercado es el gran constructor de subjetividad.

Justamente, tal construcción puede ser entendida como un proceso en el cual, desde los discursos de poder, se construye la explicación individualizada que busca las causas de lo que ocurre solamente en la esfera de quienes padecen la desigualdad. De esa manera se logra una sugestiva construcción que a veces posee altos niveles de consenso; en ella, las víctimas son las primeras culpables de lo que les ocurre y, como en escenarios dominados

por psicópatas, ellas también se ubican en el lugar de la culpa. Consecuentemente, la pobreza se construye como amenaza y situación degradante que sirve para justificar todo tipo de violencia que se ejerza sobre quienes la padecen. Así también se justifican las persecuciones a las diferentes víctimas de la desigualdad: los inmigrantes, los campos de concentración para “indocumentados”, la discriminación y otras formas de violencia. Mientras tanto, en nuestros barrios y ciudades se multiplican los comedores comunitarios con cada vez menos recursos, las familias que viven en las calles, los hogares que van restringiendo silenciosamente sus hábitos hasta llegar a lo alimentario y el cuidado de la salud.

Por los barrios más castigados por el neoliberalismo circula un aullido de desesperanza, tan fuerte que no puede ser escuchado, tan potente que genera silencio, pero al mismo tiempo rabia y resistencia en aquellos que logran percibirlo como una fuerza instalada para imponer la desigualdad. Las miradas tristes del desempleo, de los padres que saben que ya no alcanza para comer, evocan en forma de añoranza, posiblemente como en un sueño, un pasado más o menos reciente en el que los derechos estaban ahí, como algo natural e insustituible.

ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LA DESIGUALDAD

Según los informes producidos por diferentes organismos internacionales, es posible concluir que la riqueza extrema de unos pocos se erige gracias al trabajo esclavo y mal remunerado de la

mayoría a nivel mundial. La economía genera confort y buenas condiciones de vida para grupos sociales cada vez más restringidos. El trabajo prácticamente no remunerado de personas apesadadas en la pobreza por las políticas económicas del sometimiento genera una siniestra ecuación en la que los beneficios del crecimiento económico van a parar a grupos cada vez más reducidos.

Las grandes corporaciones, el poder financiero internacional y las personas más ricas aparecen como un factor significativo de esta crisis de desigualdad. Utilizan su poder e influencia para garantizar que las políticas gubernamentales se dispongan a favor de sus intereses y se sostienen a través de la desolación que genera el endeudamiento de las naciones más pobres del mundo. Así, más del 90% de la riqueza mundial se concentra en los países más ricos. Quienes se les oponen suelen ser perseguidos, asesinados o acusados de corrupción a través de medios de comunicación concentrados y afines, contando muchas veces con complicidad judicial.

Estas nuevas formas de alteración del orden democrático atraviesan nuestra región, van desde la mentira blindada a través del monopolio de la información hasta la desestabilización y caída de gobiernos democráticos, pasando por el encarcelamiento de opositores. De esta manera, la contradicción entre igualdad y desigualdad es ocultada, sobresaliendo los discursos que denuncian de manera fatalista a la corrupción, dejándose de lado las principales causas de la desigualdad, omitiéndolas con la descripción de complejos procesos de corrupción que terminan siendo explicados de manera infantil encubriendo la violencia del saqueo de nuestros pueblos.

Mientras tanto, en el campo de las Ciencias Sociales surgen múltiples debates acerca de los porcentajes y el número de pobres, pero poco se discute acerca de la desigualdad y sus causas económicas y financieras.

Todos los años se da a conocer el listado de personas cuyas fortunas superan los mil millones de dólares. A través de la coacción y otras formas de presión política, económica, mediática y militar, el poder financiero internacional le asigna a las economías de los países que paulatinamente fue empobreciendo, el papel de productores y exportadores de materias primas y productos agrícolas. Pero también los ubica en el lugar de consumidores y, consecuentemente, de importadores de productos industriales y tecnológicos que los países centrales producen gracias a los insumos que saquean. Desde la política, los países más poderosos generan una presión permanente para que nuestros países subdesarrollados se endeuden, generando de esta manera una doble forma de sometimiento. La toma de deuda por parte de los países periféricos se transforma en otra manera de obtención de beneficios para los países centrales, que de esta forma van sosteniendo la concentración y estabilidad de su economía.

CUESTIÓN SOCIAL, OBSCENIDAD Y ANGUSTIA

De manera peligrosamente naturalizada, la concentración de la riqueza se transforma en una ostentación obscena, en la que los beneficiarios de un modelo económico que excluye y genera

dolor muestran sus fortunas, sus bienes, exhibiéndolos de manera impúdica. La pompa, el alarde, la suntuosidad, se tornan descarados y son mostrados como una provocación perversa. También resulta hediondo y espantoso que como respuesta a la desigualdad reaparezca una forma denigrante de la caridad que es utilizada como marketing comercial o como simple estrategia de evasión de impuestos. La obscenidad en nuestras sociedades se construye en definitiva a través de que todo, inclusive los cuerpos, se fue transformando lentamente en mercancía. Así, la identidad, la pertenencia, la socialización, tienen el precio que decide el Mercado y se convierten en mercancías negociables. Desde allí se construye una nueva forma de integración social que excluye o incluye en forma premeditada considerando el poder económico de cada uno.

Por otra parte, la sensación de no pertenecer a un todo social genera la aparición de derechos subjetivos. Pareciera que cada individuo construye su esfera de derechos y obligaciones desde su propia perspectiva, en la que lo que sobresale es la preponderancia de “uno mismo”. La noción de responsabilidad en la cultura actual poco tiene que ver con una idea de sociedad como algo que integra, sostiene y da sentido, identidad y pertenencia. El neoliberalismo construye una forma de subjetividad que es atravesada por la angustia. Como sucede por ejemplo en una ciudad permanentemente bombardeada, se instala el miedo, el temor ante lo imprevisto, la posibilidad de enfrentar circunstancias amenazantes de todo tipo en una espera que anuncia lo irremediable del próximo golpe y multiplica la desesperanza.

De ese modo actúa el terrorismo de Mercado amenazando con múltiples formas de inseguridad. El temor a la muerte social y a caer en los oscuros espacios de la exclusión se relaciona con la precarización del trabajo, las violencias cotidianas, la amenaza permanente de agresión física o psíquica o la inseguridad. Se trata de una construcción social, un producto del clima de época y de las estrategias de comunicación, una inseguridad que se expande en forma geométrica y genera que la certeza pase solamente por la esfera de lo individual, una inseguridad que produce fundamentalmente soledad. Se produce así una conjunción siniestra de angustia e incertidumbre que permite el desarrollo de formas más eficientes de control y disciplinamiento social. A su vez, a través de manipulaciones mediáticas logran construir una subjetividad en la cual los derechos sociales son vergonzantes y las causas de la desigualdad son atribuidas a los más pobres.

La intención es instalar la idea de que la desigualdad es producto del cuidado de la sociedad, de las políticas sociales, de los seguros, del dinero que se invierte en salud, educación, acción social, el respeto de las minorías, los Derechos Humanos y la política, construyendo una discursividad en la que se hace imposible relacionar a la desigualdad con el enriquecimiento voraz de las minorías.

CUESTIÓN SOCIAL Y CAÍDA DE LOS VALORES DEMOCRÁTICOS

El neoliberalismo condiciona, encierra y —si lo necesita— arrasa con la Democracia. De esta forma, bajo ese sistema econó-

mico la sociedad deja de concebirse como un todo conformado por ciudadanos soberanos para convertirse en un conjunto de consumidores donde los derechos dependen de la capacidad de compra u ahorro de cada uno de sus integrantes.

Por otro lado, la caída de los valores democráticos hace que se relativice la Justicia, las instituciones o las prácticas que se desarrollan en ellas. Estas se encuentran nuevamente deslegitimadas, al no poder cumplir con sus mandatos fundacionales o por el simple hecho de pertenecer a estructuras estatales que generan “gastos”. Así, la Igualdad de unos puede ser vista como producto de la pérdida de Libertad de otros, mientras que la noción de Fraternidad —asociada a la de Pueblo y Nación— pareciera estar censurada u olvidada.

El desmembramiento de los espacios de socialización ha retornado con mayor vehemencia: la familia, el barrio, la escuela se encuentran reiteradamente cambiando de sentido y también atraviesan nuevamente por una fuerte crisis de legitimidad. La desigualdad torna violentas a las sociedades en muchísimos aspectos, pero solo desde las construcciones mediáticas y la discursividad hegemónica se ponen en evidencia y muchas veces solo es percibido subjetivamente como importante aquello que implica algún atentado contra la propiedad privada.

Las violencias que llevan adelante los que detentan el poder a través de la degradación de la economía, la generación de desempleo y concentración de la riqueza, raramente se registran como problema que afecte la integridad individual.

Ante la conflictividad creciente, las nuevas expresiones de la biopolítica intentan desde una forma remozada del positivismo

la psiquiatrización del conflicto, nominando el padecimiento en clave de clasificaciones psicopatológicas que colateralmente también se utilizan para la justificación de la inferioridad genética de quien está en situación de desigualdad.

La estrategia conservadora hoy pareciera que va más allá del control de los cuerpos, en muchos casos no necesita del encierro sino que genera cárceles que cada uno de nosotros construye y habita para sentirse seguro y separado de los otros. De tal modo avanza sin pausa en la construcción de subjetividad y en la enunciación de los problemas sociales desde lo individual. En estos escenarios, la vida cotidiana sufre una suerte de psicologización en la que los condicionantes de lo que ocurre se restringen a la esfera de lo íntimo y solitario.

En la actualidad, el poder de las nuevas formas de colonización que nos sujeta retorna de manera más evidente y sofisticada como biopoder y construcción subjetiva, intentando disciplinar los cuerpos y el lenguaje desde la subjetividad, desgarrando de esa manera lo colectivo.

La represión es justificada como necesaria para mantener un supuesto orden en el que son cada vez menos quienes tienen derechos y gozan de las libertades de las ciudadanías plenas. Los fantasmas de la Dictadura Militar se corporizan lentamente, ya cohabitan con nosotros y volvemos a ver ahora cómo reaparecen disfrazados de una especie de “necesidad de seguridad” y de irremediable ajuste y persecución política que reflató el fascismo latente de una parte de nuestra sociedad.

Se justifica que las policías actúen por fuera o en el límite de la ley en nombre de restablecer una seguridad que el mismo

modelo económico y social genera de manera cada vez más autoritaria. De esta forma la Democracia se restringe en las libertades individuales castigando así a la sociedad como un todo. La cuestión social se hace más compleja y dolorosa cuando la sociedad es fragmentada, cuando lo social se desvaloriza desde diferentes discursos y perspectivas, cuando la desigualdad social es tan evidente que deja de verse. Tal vez estemos ingresando en un nuevo período histórico en el que lo económico condiciona y determina a lo político, lo social y lo cultural y, desde el poder, se enuncia en forma explícita a la Justicia Social como un insulto.

Por otra parte, como todo Poder, la construcción neoliberal de este genera resistencia y desde allí, cada acto de reflexión se transforma en este aspecto en una manera de resistir, de espera analítica y estratégica de necesidad de los otros, de lo colectivo, de lo social.

COLONIZACIÓN, CUESTIÓN SOCIAL, CUESTIÓN NACIONAL

La modernidad surgió a partir de la conquista de América. Su sustento es el colonialismo que viene operando desde hace más de quinientos años en la forma de construcción de diferentes formas de dominación que pasan por lo económico, lo cultural y lo subjetivo.

El colonialismo también permitió y facilitó la universalización de las relaciones mercantiles, la generación de sociedades que justificaron los tipos de individualización que fueron y le son funcionales. También generó los condicionantes de distintas

formas de construcción de subjetividad, elaborando y estableciendo ontologías que se aún hoy se pretenden como universales. Gracias al sometimiento colonial de América se constituyó y se sigue construyendo la universalización del saqueo que proponen las formas actuales del capitalismo, basadas en las mayores victorias conseguidas en los momentos en que los esclavos quisieron parecerse a los amos.

El sujeto en América Latina se construye a partir de su condición de colonizado, tanto desde lo material como lo cultural. Es la expresión de una subjetividad producida desde prácticas que dominan, condicionan, pero que también fundamentalmente generan resistencia.

Esa subjetividad es el resultado de un proceso socio histórico que se inicia con la conquista y lo atraviesa más allá de su condición social, étnica, económica o cultural.

El colonialismo, de esta manera, es como un fantasma que se presenta en el momento menos esperado, opera y construye formas de hacer, pensar, comprender y explicar.

En tanto sujetos americanos, nuestra identidad es constituida en complejos juegos de interrelación con la otredad que también se presenta situada y enredada a partir del devenir que constituyen los condicionamientos que impone el colonialismo y las diferentes formas de dominación que lo acompañaron desde la conquista. Estos condicionantes nos obligan a pensar en la forma en que fuimos pensados.

El colonialismo tradicional se expresaba a través de ejércitos que entraban a países, regiones, espacios estratégicos que eran

anexados para obtener diferentes tipos de recursos tras imponer un sistema de dominación político y económico por medio del ejercicio de la fuerza y la complicidad de aliados internos. En la actualidad, el colonialismo posee componentes mediáticos, financieros y militares. Al igual que en su etapa anterior, desarrolla diferentes empresas o financieras que se apropian de tierras, recursos naturales y monetarios que son saqueados y llevados a las metrópolis. A través de la imposición financiera generan fuertes lazos de sujeción desde lo económico, lo político y lo cultural.

El colonialismo es todo aquel modo de dominación basado en la degradación ontológica de las poblaciones dominadas por razones raciales. A las poblaciones y a los cuerpos racializados no se les reconoce la misma dignidad humana que se atribuye a quienes los dominan. Pertenecen a poblaciones y cuerpos que, a pesar de todas las declaraciones universales de los Derechos Humanos, son existencialmente considerados como subhumanos, seres inferiores; sus vidas tienen poco valor para quien los oprime, siendo, por tanto, fácilmente desechables (de Sousa Santos, 2018).

La colonización cultural hace que la subjetividad surja en espacios dificultosos para la construcción de autonomía. Quizás el análisis, estudio y exposición de sus procedimientos en los que sobresale la potencialidad del funcionamiento del discurso colonial para generar subjetividad sea un campo político necesario a trabajar. Por un lado, el discurso colonial deshumaniza al colonizado, pero por otro genera una forma de deseo que a veces es la única mediación con el mundo de los colonizados (Fanon, 1973). Se deja de ser esclavo cuando se tiene una utopía, un lu-

gar a donde ir, una sociedad a construir, una condición humana a recuperar, cuando se vuelve a tener la fortaleza política de la capacidad de mediar con la cultura del colonizador, ahora desde un lugar de poder generado en su propia pertenencia, identidad, historia y anclaje en lo colectivo.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Es posible pensar que el lugar de las Ciencias Sociales hoy más que nunca trasciende la descripción de los hechos y la denuncia de estos, necesitando generar formas de aplicación, de hacer que logren estar allí donde el dolor se hace cuerpo y palabra, es decir, de Intervención Social.

El conocimiento acerca de la cuestión social en nuestra región da cuenta de una serie de elementos que no solo pueden ser útiles para describir las deformaciones del capitalismo actual sino también para explicarlas y entender por qué se reproducen. Las particularidades del capitalismo dependiente no son resultado de su incapacidad de crecer o de permanecer en el estancamiento sino, al contrario, del crecimiento de la reproducción del capital (Osorio, 2015).

Se trata de buscar formas de intervención en lo social que fundamentalmente logren recuperar la visibilidad del Otro, construyendo formas de reencuentro, construyendo prácticas y saberes que nos permitan pensar desde América y se transformen en instrumentos que hagan salir a nuestras sociedades de la dominación, del lugar de la imposibilidad y la impotencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Fanon, Frantz (1973). *Piel negra, Máscaras blancas*. Buenos Aires, Editorial Abraxas.
- Galeano, Eduardo (2002). *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI.
- Gunder Frank, André (1963). *América Latina: Subdesarrollo o Revolución*. México, Editorial ERA.
- de Sousa Santos, Boaventura (2018). El Colonialismo insidioso. *Diario Página 12*. En <https://www.pagina12.com.ar/105534-el-colonialismo-insidioso>
- Osorio, Jaime (2015). *La teoría de la dependencia hoy*. Entrevista en Noticias UNGS (Universidad Nacional de General Sarmiento). En <https://noticiasungs.ungs.edu.ar/?portfolio=la-teoria-de-la-dependencia-hoy>

CAPÍTULO 3

GEOPOLÍTICA DE LA CUESTIÓN SOCIAL

CUANDO LA RIQUEZA GENERA POBREZA

Desde los inicios de la Modernidad, coincidiendo con la expansión europea hacia todo el planeta, la distribución de la riqueza a nivel mundial se fue orientando a determinados sectores sociales, geográficos, países y regiones, logrando construir una forma de desigualdad que se caracteriza por tres factores claves: el saqueo de las riquezas naturales, el beneficio de un sector minoritario de la población de los países saqueados y una serie de consecuencias que estarían llevando al planeta a un holocausto ecológico.

Es frecuente que esa desigualdad forzada, impuesta y fundamentalmente injusta se explique a partir de conceptos como globalización, fluctuaciones de Mercado, división internacional del trabajo e incluso desde la incapacidad de nuestras naciones de poder llevar adelante sus propios procesos de crecimiento.

A la civilización europea contemporánea —que alcanzó su apogeo por la expansión del horizonte geográfico del mundo, después del siglo XVI, y por la economía colonial que le siguió— de ningún modo le convenía divulgar, en su mundo de aparente esplendor, la desagradable tragedia del hambre, producto —en gran parte— de su colonialismo deshumanizado. Producto, ante todo, de la inhumana explotación de las riquezas coloniales por procesos de economía devastadora, de monocultivo y de latifundio, que permitían la obtención, a precios extremadamente bajos, de las materias primas indispensables para su industrialismo próspero. (de Castro, 2019)

En el caso de nuestro continente y a partir de la conquista, la irrupción de los extraños que llegaron generó una geografía de la desigualdad que involucró no solo diferencias a nivel de cada región o país sino también a nivel mundial. Por diferentes razones, además de provocar una hecatombe demográfica en los pueblos originarios —que se estima que pasaron de cien millones de habitantes en el siglo XV a diez millones en el siglo XVI (Khol, 2018), la conquista enriqueció a los vencedores dando un impulso inesperado al naciente capitalismo, especialmente a partir de los cientos de miles de toneladas de oro y plata que fueron extraídos de las minas de Guanajuato y Potosí. De esta manera comenzó a gestarse una Geopolítica de la Desigualdad.

De esta forma, según factores de Poder Militar, Económico y Estratégico, los mejores índices de nutrición, vivienda, infraestructura, salud, protección social etc., se organizan y distribuyen —en gran escala e igualmente en pequeño grado— en los llamados países centrales. También, la riqueza se distribuye de manera desigual en

los países periféricos, beneficiando a las oligarquías locales de las naciones sometidas. Las oligarquías locales en general son socias y suelen compartir intereses económicos, políticos y culturales con los países, regiones y poderes económicos dominantes a nivel mundial.

Por otro lado, en cada oportunidad en que esa situación se revierte o se intenta cambiar, surgen diferentes formas de intervenciones económicas, militares, bloqueos, injerencia de empresas multinacionales, monopolios e intereses de los países más poderosos y con mejores indicadores sociales que intentan revertir esos procesos desde los planos económico, estratégico político y militar.

De este modo se alcanzan en la actualidad datos socioeconómicos inconcebibles e impensados hasta no hace mucho tiempo. Por ejemplo, según OXFAM (2025): “La riqueza de los milmillonarios aumentó en más de 300 mil millones de dólares en el primer mes del año. Se necesitaría que 15 millones de personas trabajaran un año entero para generar ese dinero”. De esta forma, el resultado es paradójico, las regiones más ricas del planeta suelen ser las más saqueadas y es en ellas donde existen los mayores índices de desigualdad y extrema pobreza. Así, los países y regiones más ricos desde sus recursos naturales se transforman en las más pobres del planeta.

ALGUNAS PERSPECTIVAS DESDE LA NOCIÓN DE “CUESTIÓN SOCIAL”

Es posible conceptualizar la noción de “Cuestión Social” como un conjunto de acontecimientos y circunstancias que tie-

nen la posibilidad de generar una serie de consecuencias y manifestaciones que expresan distintas formas de desintegración y fragmentación social a través de rupturas de tramas de redes de sociabilidad y protección, que generan y se enuncian como problemas sociales, con los consecuentes padecimientos objetivos y subjetivos que configuran la desigualdad.

Desde este aspecto y analizada a partir de una perspectiva americana, la Cuestión Social muestra diferentes inscripciones, especialmente signadas por una serie de factores geopolíticos, es decir, por una sucesión de correlaciones que articulan elementos geográficos, económicos y sociales que son condicionados por disímiles formas de expresión del poder global, especialmente en su manifestación coercitiva desde lo económico, lo mediático y lo militar.

Si analizamos diferentes perspectivas históricas y contemporáneas es posible afirmar que, a partir de la conquista, los pueblos originarios de este continente fueron y aún son llevados a diferentes procesos de desintegración de sus formas de sociabilidad, especialmente a la ruptura de su sistema de creencias a partir de la imposición de religiosidades ajenas, alteración de su estructura cultural, familiar, organización social y económica.

A su vez, desde la conquista y durante siglos se impuso un sistema de esclavitud que se basó en el trasplante masivo de poblaciones capturadas en otro continente (África) y de poblaciones autóctonas a través, por ejemplo, del sistema de “Encomienda”, conformándose como una suerte de esclavización por motivos religiosos.

También desde la conquista se impusieron formatos de familia, papeles dentro de la misma y roles de género que no coin-

cidían con los que tenían quienes fueron sometidos. En pocas palabras, la conquista construyó una nueva forma de lo que hoy denominamos Cuestión Social a través de más y nuevos problemas que abarcaban la sociabilidad, la convivencia, la crianza, la indefensión ante las nuevas enfermedades y sus posibilidades de cura.

Pero su origen se vincula también con una serie de elementos geopolíticos que se relacionan con los diferentes factores de poder económico surgidos a partir del siglo XVI.

Por otra parte, el término *geopolítica* posee una importante connotación estratégica, incluso militar; en ese aspecto puede ser leída la correlación entre geopolítica y cuestión social. Por ejemplo, es sabido que a partir de estrategias y necesidades geopolíticas europeas se produjeron una serie de intervenciones militares, económicas y políticas en América y que estas le dieron diferentes formas a la cuestión social americana desde sus inicios hasta la actualidad.

Desde los instrumentos que se aportan a partir de este campo de conocimiento es posible estudiar el sentido de los movimientos militares de la conquista y las estrategias de poder y dominación posterior a ella, desde la que se constituyeron diferentes formas de colonización y organización de las sociedades sometidas.

Así, la estrategia geopolítica se transforma en una necesidad, primero de España para obtener minerales y materias primas que eran vitales para su expansión y luego de sobrevivencia, también para otros países como Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda, con diferentes horizontes socioeconómicos pero con un común denominador, el saqueo y la implantación de oligarquías favorables a sus intereses.

Esas políticas de extracción de minerales, recursos naturales y hasta la compra y venta de esclavos generaron movimientos poblacionales, sometimiento y opresión, además de nuevas formas de agresión y padecimiento en los conquistados. A su vez, es sabido que sin las riquezas extraídas de América, es poco probable que se hubiese desarrollado la Revolución Industrial Europea.

UNA MIRADA A LA GEOPOLÍTICA DE LA CUESTIÓN SOCIAL DESDE LO CULTURAL

La construcción de sentido común puede ser entendida como el producto de una serie de fenómenos en los que, desde enfoques dominantes, se van elaborando diferentes formas de subjetividad, simbolización y pautas de convivencia; desde allí se constituyen sentidos, codificación y creencias.

Así, desde hace décadas, el neoliberalismo se transformó en una ideología hegemónica, cimentando desde el sentido común la naturalización y legitimación de sus bases más elementales, naturalizando la desigualdad, haciendo retornar a la filantropía, tensionando lo colectivo con lo individual desde la meritocracia, la autoayuda, la competencia y la negación de la otredad. De esa estrategia surgieron sociedades fuertemente competitivas, violentas y fragmentadas que le fueron modelando a la Cuestión Social, fundamentalmente legitimadas desde una cooptación de la subjetividad y especialmente a partir de la naturalización de las desigualdades.

Esa legitimación también implica un posicionamiento geopolítico, dado que si bien la aplicación de políticas neoliberales generó una serie de inconvenientes a nivel mundial, sus efectos se hacen más evidentes y dolorosos en determinadas regiones y países del planeta, que coinciden con los llamados países periféricos o del “Sur”.

Quizás la elaboración de los aspectos socioculturales ligados a la construcción de subjetividad se relacione en nuestros países con las dificultades que existen de “ponerse fuera” del pensamiento eurocéntrico, es decir salirse del mismo, situarse desde otro lugar; en otras palabras, pensar desde América, pensar de manera diferente a como fuimos pensados. Acaso desde allí podamos encontrar la posibilidad de darnos la oportunidad de no negarnos a nosotros mismos al utilizar categorías de análisis, esquemas de pensamiento o epistemologías que esencialmente nos niegan o nos ubican en el lugar de lo subalterno, lo imposible, y, especialmente, en el lugar de lo inferior. Darnos la posibilidad de ir construyendo categorías de análisis que nos permitan analizar los efectos de la desigualdad a partir de la fragmentación de nuestras sociedades, la construcción de la otredad como amenaza y la consecuente ruptura de los lazos sociales.

Además, los discursos de odio que nos atraviesan intentando otorgar sentidos y formas de comprensión y explicación a los problemas sociales implican, también, estrategias geopolíticas.

Tal vez desde un Pensar Situado, periférico, centrado en la otredad, sea posible salir de la modalidad binaria de reflexión que impone el eurocentrismo, esa forma de razonamiento que divide

humanidad y naturaleza, cuerpo y mente, bien y mal y que define lo normal y lo patológico desde parámetros arbitrarios.

LA DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LA POBREZA EN UN MUNDO DONDE LOS RICOS SON CADA VEZ MÁS RICOS

Las desigualdades mundiales de riqueza son incluso más pronunciadas que las desigualdades de ingresos. La mitad más pobre de la población mundial apenas posee el 2% del total de la riqueza. En contraste, el 10% más rico de la población mundial posee el 76% de toda la riqueza.

(Lucas Chancel, 2022)

En Europa, donde la brecha es mucho menor que en América Latina, lo que sobresale es la presencia del Estado a través de servicios públicos, subsidios y otras formas de transferencia. Contrariamente, en América Latina, ese tipo de políticas se fue recorriendo paulatinamente durante décadas. En nuestro continente, en nombre de la eficiencia, la operatividad de los “Mercados” y la aplicación de postulados neoliberales, el Estado fue demonizado, sacado de la escena desde una discursividad que lo ubica en el lugar de la ineficiencia y la corrupción.

Paradojalmente, tanto en Europa como en los Estados Unidos se multiplican las denuncias de corrupción, de desmanejo del Estado que en la actualidad genera una fuerte crisis de legitimidad, casi de la misma manera que sucede en América Latina. Aún así, en Europa la presencia del Estado persiste y organiza de

manera más equitativa la distribución de la riqueza, generando mejores niveles de vida que los de nuestro continente.

Aquí, la “igualdad de oportunidades” —por encima de la Igualdad de Posiciones lograda con intervencionismo estatal— se encuentra subvalorada, criticada a partir de las sociedades de Mercado y recetas de fracasados profetas del neoliberalismo que se impusieron en la mayoría de los casos a partir de Golpes Militares que, además de terrorismo de Estado, ligaron por la fuerza a nuestras economías a empréstitos impagables, a un reordenamiento que destruyó aparatos productivos, posibilidades de protección social y crecimiento de la desigualdad.

Todos los intentos que se desarrollaron para mejorar la situación luego de la recuperación democrática —por ejemplo en Argentina en la década del 80— lograron en algunos casos revertir parte de las circunstancias pero nunca generar los indicadores sociales y económicos que se tenían antes de la emergencia de las Dictaduras Cívico Militares.

Tal vez desde ese uso de la fuerza y la construcción de la desigualdad pueda entenderse el desmantelamiento de lo público que impusieron las políticas neoliberales a nivel mundial y su singularidad en América Latina. Allí tendríamos otra explicación posible del sesgo geopolítico que le da forma a la Cuestión Social en nuestros países.

El endeudamiento que se generó, las presiones de organismos internacionales y la imposición de la división internacional del trabajo crearon una transferencia de divisas y valores de manera similar a la que se construyó a partir de la conquista y fue

generando diferentes formas de sumisión a través de los siglos, siempre con la complicidad de las oligarquías vernáculas que no dejaron de acrecentar sus ganancias. Tales grupos oligárquicos se oponen a ser controlados económicamente por el Estado, impulsando la desestabilización económica, golpes militares, “corridos” de Mercado y múltiples formas de presión contra los diferentes intentos de generar políticas redistributivas; a su poder económico favorece la utilización de diversos medios y herramientas, como por ejemplo el manejo de medios de comunicación masiva o parte del discurso académico.

LOS ARGUMENTOS HEGEMÓNICOS DE LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD. LA CRISIS DEL PENSAMIENTO ILUSTRADO

El nuevo orden mundial que se construye a partir de la década de los 90 del siglo XX funda una nueva distribución de la pobreza y concentración de la riqueza. Se fue gestando a partir de diferentes construcciones discursivas originadas en el pensamiento conservador, basadas en general en la idea de que quienes son asistidos por el Estado son privilegiados que viven a expensas de los más ricos. De esta forma surgió un ataque sistemático a la noción de Justicia Social y la intervención del Estado y se propuso el desmantelamiento de la sociedad, negando su capacidad de cohesión y hasta su misma existencia, proponiendo de esa manera una idea de libertad que traspasa todo límite posible, haciéndola así paradójicamente insostenible y opresiva.

De ese modo se logró fracturar a las sociedades victimizando a los más poderosos y poniendo en el lugar de la inmoralidad a las víctimas de las distribuciones desiguales de la riqueza.

La pobreza y la desigualdad fueron puestas en el lugar de la inmoralidad y la corrupción. De la misma manera se construyó la idea de que los países expoliados por ese nuevo orden mundial son víctimas de sus propios sistemas de corrupción política, dejándose de lado todos los factores externos que consolidaron más de quinientos años de explotación, de la misma manera que los pobres, los países y regiones de la desigualdad son mostrados como culpables y responsables morales de lo que les acontece.

Por otro lado, al negar la sociedad poniendo la centralidad en la lógica de Mercado, desarmando desde la mirada occidental moderna la asociación entre los conceptos de Igualdad, Libertad y Fraternidad es que se ratificó la lógica injusta y violenta de ese nuevo orden.

Esas palabras quedaron flotando en un mar sin sentido e, incluso se hicieron contradictorias. Así, en la construcción subjetiva que realiza el neoliberalismo, la Libertad puede ser afectada por la Igualdad y la Fraternidad, se transforma solo en una estrategia para lograr, según la oportunidad, un mejor posicionamiento en el Mercado.

Una geopolítica de la Cuestión Social puede permitirnos visibilizar la trampa neoliberal y ultraconservadora, el camino de desolaciones y ausencias que propone y la génesis de un odio que muchas veces surge como producto de la frustración que genera la cultura que habitamos.

Tal vez América sea una salida, una posibilidad, una opción que parta de pensar, desde diferentes perspectivas, aquello que parece como inminente final de una civilización que se construyó desde el dolor y la opresión.

BIBLIOGRAFÍA

- Brown, Wendy (2020). *En las Ruinas del Neoliberalismo*. Editorial Tinta Limón, Buenos Aires.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2022). *La Subjetividad como terreno de disputa*. Editorial Margen, Buenos Aires.
- Chancel, Lucas —coord.— (2022). *Informe sobre la desigualdad global*. Laboratorio mundial de desigualdad. En https://wir2022.wid.world/www-site/uploads/2021/12/Summary_WorldInequalityReport2022_Spanish.pdf
- de Castro, Josué (2019). *Geopolítica del hambre: ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo*. EDUNLa (Editorial de la Universidad Nacional de Lanús), Argentina.
- Dubet, Francois (2014). *Repensar la Justicia Social*. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- Khol, Alejandro (2018). *La Salud de nuestra América: Una perspectiva histórico-antropológica*. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- OXFAM International (2025). *En enero, los millonarios acumularon más riqueza que la que posee el tercio más pobre de la humanidad*. <https://oxfam.org/es/letters-and-statements/en-enero-los-millonarios-acumularon-mas-riqueza-que-la-que-posee-el>

CAPÍTULO 4

LO SOCIAL Y EL PADECIMIENTO SUBJETIVO. LA SALUD MENTAL EN CONTEXTOS DE DESIGUALDAD Y MISERIA PLANIFICADA

El crecimiento exponencial de la desigualdad y sus consecuencias inevitables trasciende hoy las estadísticas y la mayoría de los datos cuantitativos, se inscribe en la subjetividad colectiva e interpela a prácticas e instituciones de manera diferente y urgente. La incertidumbre, en el terreno del día a día, se impone como una nueva forma de colapso del futuro. La promoción social ascendente, que diferenciaba a la Argentina del resto de las naciones de América, se transforma en una utopía o resabio del pasado. Todas estas transformaciones se expresan en una sociedad que comienza a sentir los golpes de un programa económico cuyos comunes denominadores son la crueldad, una especie de goce detrás del padecimiento del Otro, los discursos de odio y la eliminación de diferentes maneras de la disidencia.

Por otra parte, los efectos de la Pandemia son evidentes, tanto desde sus aspectos objetivos y medibles, por ejemplo en relación a la distribución de la riqueza, como también por la construcción

de una forma de subjetividad que generó, por lo menos discursivamente, una tensión más en nuestra sociedad, esta vez entre incluidos y excluidos, mientras se responsabilizaba a los primeros de manera global de los padecimientos de los segundos, exculpando de una forma astuta y falaz a quienes se enriquecieron y construyeron más formas de desigualdad y dolor.

Aún no conocemos de forma sistemática y científica las influencias de ese acontecimiento en el padecimiento subjetivo, pero se hace indiscutible el influjo de lo social en el mismo. Con diversos lenguajes se constituyó una nueva manera de digitalización de la vida cotidiana, en la que la cotidianidad se hace pública, expuesta, observada, un espacio-imagen donde se es admirado u odiado.

El desarrollo de redes sociales construyó nuevos discursos, una forma de lenguaje que pareciera que le cuesta articular, relacionar, sumergirse en el territorio o meramente transitarlo. Fundamentalmente, la velocidad de la Red nos impide visibilizar el contexto, lo colectivo.

Las subjetividades arrasadas, que venían siéndolo desde antes de la Pandemia, se contextualizan ahora con un mayor nivel de complejidad, poniéndose en cuestión el traspaso de pautas culturales, la transmisión del legado simbólico y un encuentro con el Otro que cada vez parece más signado por diferentes formas de violencia.

La persecución mediática, política y judicial a dirigentes políticos y de organizaciones sociales va construyendo y ratificando una sociedad violenta en la que el discurso, la palabra, el lenguaje, no construyen con facilidad formas de articulación y vinculación, se complementa en la edificación de una sociedad en la que el

Estado se hace cada día más presente en forma de gendarme y ausente en su faceta de protección social.

A su vez, la alteración de la estructura de la vida cotidiana, el necesario desarrollo de estrategias de sobrevivencia que se van adecuando según cambios repentinos, complican todo sistema de comunicación y programación en diferentes aspectos, familiares, referenciales o institucionales. Así, la fragmentación social tiene más elementos para crecer y el lazo social se debilita, perdiendo su posibilidad de construcción de comunidad, generando un escenario en el que se ponen en tensión la dignidad y la sobrevivencia.

El éxito, como sinónimo de adquisición de bienes, sumado al temor a caer en la exclusión social, construye formas de subjetividad y padecimiento que se asientan en un crecimiento de la inseguridad social y la desprotección, en contextos en los que la única salida que se propone pasa por la meritocracia. De esta manera, las sociedades que habitamos dividen a las personas en “ganadores” y “perdedores”, estos últimos lo son por su “propio esfuerzo”. Individualmente, los “perdedores” son los responsables del lugar que ocupan en la sociedad, negándose la posibilidad de pensar condicionantes económicos, políticos y sociales y, consecuentemente, de respuestas de índole colectiva. Las sociedades que construyen su razón de ser en el éxito y la obtención de bienes ingresan en un paradoja en la cual el cumplimiento de ese mandato se hace cada vez más difícil y frustrante si no se logra consumir.

A partir de una “deslegitimación” del Poder Judicial, la crisis de la Ley horada las perspectivas de responsabilidad de toda una sociedad, se asemeja a algunas definiciones de la “guerra”,

como un espacio social en el que no hay normas ni certezas, pero también genera una fuerte disrupción en el terreno de la responsabilidad, que se expresa especialmente en el cuidado del todo social.

Se consolida un mundo alterado a partir de guerras que crecen en forma constante, aproximando la posibilidad de uso de armas nucleares. Sumado a ello, la alteración sostenida durante décadas del equilibrio ecológico y el desarrollo de políticas extractivistas con forma de depredación nos llevan a diferentes escenarios de catástrofe, de orden bélico o ambiental.

La fragmentación de la sociedad se vincula con el desmoronamiento de la noción de semejante. Sumada a una disrupción en el sistema de creencias, la incertidumbre se padece, se expresa en diferentes formas de demanda que muchas veces van más allá de teorías y formatos de intervención pensadas para otros contextos históricos, culturales y sociales.

Tal vez la imposición violenta de sentido común a través de los medios de comunicación, al igual que en la Dictadura Cívico Militar, genere más aislamiento y situaciones de desolación que se instalan en la esfera de la vida cotidiana a partir de un trasfondo de “libertad” que solo puede ejercer el Mercado. Así, una falsa fuerza de autonomía se transforma en padecimiento en el que quedamos presos de nuestra propia libertad, una libertad cada vez más violenta, donde la explotación de uno mismo se presenta como eficiente y posible para sobrevivir y quedar por encima de los demás construyendo una especie de ascenso social por “merito propio” basado en la voluntad individual y el “autocontrol”. Pero

cuando esto no se logra, las explicaciones discurren por el racismo, la xenofobia y la “corrupción”.

Estaríamos en camino hacia una sociedad en la que el orden autoritario se impone a través de economistas que actúan como profetas que justifican sin pudor la violencia de la desigualdad, el hambre y la disolución del lazo social. La precariedad del empleo, su informalidad, la degradación, marcan más formas de desigualdad y competencia en escenarios en los que las aspiraciones se tornan cada vez más materiales a través de la pulsión a acceder a bienes que poseen un carácter simbólico que se va intensificando. De ese modo se construyen otras formas de frustración y búsquedas de reconocimiento y afirmación de uno mismo de manera individual y a través de objetos, en un estado de insuficiencia eterna.

La frustración también se construye en América desde la inferiorización de quienes habitamos este lugar del mundo. Los argumentos de superioridad racial, civilizatoria o cultural, marcan nuestras limitaciones y posibilidades. A su vez, en nuestras sociedades signadas por la lógica de Mercado, de la competencia, de la sobrevivencia del más fuerte, nos obliga a “estar bien”, a acomodar gestos, rostros y corporalidades a ese mandato bajo el riesgo de no sobrevivir, ser excluidos, perder el trabajo o la inserción en diferentes grupos de referencia.

En síntesis, nos encontramos frente a escenarios complejos, con problemáticas sociales complejas que nos atraviesan e impactan en diferentes esferas, tanto en las instituciones, las prácticas y, esencialmente, en la construcción de nuevas formas de padecimiento.

NUEVAS FORMAS DEL PADECIMIENTO SUBJETIVO: LAS SOCIEDADES DE LA DESOLACIÓN, FRUSTRACIÓN E INCERTIDUMBRE

En la Sociedad de la decepción, mientras los mayores se visten con desenfado y no quieren envejecer, los jóvenes adultos juegan a ser niños en los parques temáticos, van en patineta y compran ositos de peluche. (Gilles Lipovetsky, 2008)

LA FRAGMENTACIÓN SOCIAL COMO PROBLEMA

Entre muchas otras cuestiones, la fragmentación social implica una interpelación hacia el sentido de la sociedad desgastando la comunidad, lo común, como preocupación y necesidad, donde lo que se fragmenta, lo que se rompe, es el lazo social.

La fragmentación, también interpela desde las instituciones y desde el territorio, así tenemos instituciones y territorios fragmentados. La fragmentación de la sociedad se presenta, tal vez, como un preanuncio de la muerte de lo social. Lo colectivo se parte en múltiples trozos que impiden la construcción de respuestas y explicaciones. Pareciera que cada pequeña porción se maneja con su propia lógica y construcción de sentido, incluso muchas veces entra en competencia con la otra, padecen la separación, se visibilizan como víctimas siendo a veces victimarios; las Democracias se debilitan, pierden su capacidad de amalgamar, de integrar, de asegurar la paz, de cuidar el contrato social. Mientras, el Mercado, como un demonio que dejó hace tiempo de estar agazapado, promete formas de encuentro e integración a cambio de la entrega del alma, de la identidad, de la pertenencia.

La fragmentación social desordena, degrada y rompe a la totalidad como horizonte, es producto y, a la vez, productora de crisis de sentido en contextos en los que se anuncia la muerte de la verdad. Una sociedad fragmentada no tiene futuro. Y sin futuro no hay ley, por lo que ese vacío fue lentamente ocupado por el Mercado. La pérdida de horizontes de totalidad hace imposibles los acuerdos, los diálogos y, en esa ausencia, se festeja desde hace décadas la muerte de las ideologías. De este modo también se pierde la posibilidad de construir futuros de manera colectiva. En las sociedades fragmentadas se fomentan las utopías individualistas, en los últimos años disfrazadas de meritocracia. El descrédito de las ideologías en contextos en los que impera este discurso, puede ser entendido como generador de más formas de dominación que anulan, bloquean e incluso desacreditan la posibilidad de pensar el futuro en clave de solidaridad, de conjunto, de comunidad.

La no recuperación del futuro como construcción colectiva bloquea cualquier forma de transformación. Posiblemente, para poder recuperar el futuro sea necesario revisar el pasado para poder entender el presente. La fragmentación obtura y dificulta todo intento que lleve a ese camino.

La fragmentación de la sociedad puede ser entendida como una forma de encierro en preconceptos, procedimientos e incluso en territorios. La fragmentación social como expresión de un lazo social perdido impide el encuentro, de allí que sea necesario pensar una pedagogía que lo reconstruya, fundamentalmente cuando el encuentro, el intercambio y la construcción de sentido son mediados por el Mercado. Asimismo, la fragmentación social

recorta, encierra y genera un vacío al Deseo, que queda cooptado por lo efímero, por la imposible saciedad que propone la lógica del costo beneficio. Gracias a esas condiciones es como el Mercado construye y se apropia de nuestra subjetividad.

DESIGUALDAD Y PADECIMIENTO SUBJETIVO

La desigualdad actúa como operador social. No solo es un dato estadístico, implica la construcción de una forma de terror que se expresa en la subjetividad y genera conductas, acciones y trayectorias que apuntan a no “caer” en la exclusión social, a aceptar cualquier condición para seguir perteneciendo. Los años de neoliberalismo feroz que se han aplicado en la Argentina implican también un desmantelamiento programado y sistemático del Sistema de Protección Social a través de su desfinanciamiento, acompañado por una serie de estrategias de publicidad política que apuntan a la disolución de derechos civiles y sociales.

Las nuevas formas de inseguridad se relacionan con la falta de certeza con respecto a las posibilidades de contención o apoyo desde las políticas públicas y el Estado, con no saber hasta cuándo dura una inserción laboral, qué tarifa se va a pagar y cuáles son los límites de la expresión individual y colectiva.

Esta modalidad de resignación logró ir construyendo una subjetividad sometida que se siente culpable de sus derechos, confiriéndoles un tono vergonzante. Nuestras sociedades se fueron tornando violentas, en parte como producto de tales

presiones. Así, el lazo social estalla y genera más y nuevas formas de padecimiento.

Desde allí se construyen como alivio; estereotipos, prejuicios y estigmas. El neoliberalismo logró instalar una sensación de temor a partir de la caída y falta casi absoluta de certezas. La Incertidumbre, atraviesa a la Ley, las relaciones humanas, la idea de Futuro y, desde allí desorganiza la vida cotidiana. El Mercado sigue siendo un Leviatán que lentamente va devorando a la sociedad para deconstruirla dentro de su lógica de dominación.

Esta construcción de subjetividad que genera este tiempo de neoliberalismo creciente se asienta a partir de otras formas de justificación de la desigualdad, ridiculizando, desautorizando, inferiorizando, incapacitando y fundamentalmente haciendo culpables de lo que ocurre a los más castigados. Intenta lograrlo a través de diferentes formas. La meritocracia, la autoayuda, la negación del lazo social, la exaltación del egoísmo, la negación de la historia y de lo colectivo se presentan como una única posibilidad de seguir perteneciendo y no caer en la exclusión; también se construye una cadena de odio racial, político y cultural, en definitiva, se instala una lógica del odio, de la exterminación del otro, que actúa como sostén de un sistema injusto.

BIBLIOGRAFÍA

Lipovetsky, Gilles (2008). *La sociedad de la decepción*. Entrevista con Bertrand Richard. Anagrama, Barcelona.

CAPÍTULO 5

APUNTES PARA REFLEXIONAR SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PENSAMIENTO COLONIZADO

La categoría básica de nuestros buenos ciudadanos consiste en pensar que lo que no es ciudad, ni prócer, ni pulcritud no es más que un simple hedor susceptible de ser exterminado. Si el hedor de América es el niño lobo, el borracho de chicha, el indio rezador o el mendigo hediento, será cosa de internarlos, limpiar la calle e instalar baños públicos. La primera solución para los problemas de América apunta siempre a remediar la suciedad e implantar la pulcritud. (Rodolfo Kush, 1999)

LA CONSTRUCCIÓN DE LA INFERIORIDAD

Desde diferentes narrativas se nos inculcó que América estaba “deshabitada” de culturas, seres humanos y pensamientos. El continente se describió como un interminable vacío solo ocupado por “salvajes” que desmerecían y mal utilizaban la opulencia que Dios y la Naturaleza les habían regalado. El orden, la organización, la conformación de lo que llamamos sociedades era asimilado o destruido en la medida que los conquistadores avanzaban.

Inmediatamente, otra forma de cultura se imponía por la fuerza y la eliminación de esos otros que ni siquiera eran reconocidos como tales. Así, el uso de la fuerza, la aniquilación y el desprecio, justificaron la conquista.

Tal vez la peor de las conquistas sea aquella que niega la condición humana de quien es saqueado, invadido o humillado. La penetración de esa forma de construcción discursiva construyó una subjetividad tan potente que generó una idea de vacío en la que las ausencias comenzaron a generar temor; las grandes extensiones de tierras donde se hizo invisible al conquistado fueron narradas en los imaginarios de los conquistadores como peligrosas y lugar de asiento de nudos de resistencia desconocidos.

El desierto comenzó a abrumar desde su propia extensión, prometiendo pequeños espacios de barbarie que como formas de resistencia invitaban a no ser explorados, al tiempo que se producían lentos avances de tal proceso que proponía una extraña civilización fundada en el odio y la muerte. En lo que hoy es el territorio de la Argentina, recién a fines del siglo XIX esas tierras serían arrasadas por un nuevo genocidio.

El desierto como Pampa expresaba la ausencia de las certezas que prometía la civilización, desde allí emanaba una cadena de ideas hilvanada en la afirmación de la falta de seguridades, racionalidad, civilización occidental y pensamiento.

La barbarie constituía una especie de ausencia, que para los conquistadores y sus descendientes generaba la extraña sensación de ubicarse dentro de un territorio sin pensamiento, sin historia, sin relatos. El desierto —y todo lo que lo albergaba— generaba temor y desagrado, era el imperio del horror y sus habitantes eran descriptos desde el hedor y la barbarie. De este modo, a esos paisajes se les attri-

buía una característica casi mágica, herética, acusándolos de trastocar y deformar racionalidades. Así también comenzaron a construirse más narrativas que afirmaban la peligrosidad de los otros, a partir de su falta de humanidad, de cultura, de Dios, incluso de racionalidad.

La inferioridad era lo único que se aceptaba para reconocer, de forma trágica, la condición humana. Mucho tiempo después, cuando se pensaba a lo originario definitivamente diluido o exterminado, lo que quedaba, especialmente para la Generación del 80, era una extraña mezcla de sangres inferiores en la que también estaba incluida la de los expoliados de Europa, recién llegados huyendo de miserias, guerras y persecuciones. Desde esa perspectiva, en América se nacía inferior; así se cimentó una subjetividad centrada en esa afirmación.

Esa construcción se reproduce muchas veces en la formación académica, en la literatura, en la estética. Nos vemos frecuentemente a nosotros mismos de la misma forma en que somos narrados: sin historia, sin respeto, sin utopías propias, sin dignidad. Lo propio, lo Americano, es rechazado desde diferentes miradas, lenguajes; un rechazo tan fuerte que impide pensar, encontrar explicaciones por fuera de las imposiciones de los dominadores.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA INFERIORIDAD

La colonización también fabrica colonizadores. (Albert Memmi, 1971)

La colonización como proceso de inferiorización se entromete en la cultura, desde allí construye una forma de subjetividad

que se apoya, hasta la actualidad, en la imposición de un sistema de creencias relacionado con la visión de mundo, corporalidad, naturaleza y especialmente en la forma de construcción de la identidad en relación con lo Otro. Desde allí surgen una serie de interrogantes que se relacionan con la comprensión de los problemas sociales que suele imponerse desde el mundo académico, donde el pobre —en tanto excluido— es producto de un proceso de colonización y es definido desde la carencia. Esta visión atraviesa a todas nuestras sociedades, relacionándose con lo cultural, lo material y lo simbólico. La noción de carencia atraviesa desde la imposibilidad de pensamiento propio, la deshumanización, la corporalidad, el hambre, la miseria, lo que paradójicamente se produce por diferentes procesos de dominación económica, política y cultural.

Pero también la noción de carencia atraviesa la capacidad política de pensarse, de dar respuestas propias, construir formas de acción, que suelen ser tildadas de populismo o autoritarismo. Así, la inferioridad racial o cultural ratifica una forma de “no merecimiento” de la igualdad. Las metrópolis imponen esa categorización y se arrogan el derecho a definir a quienes se corresponden con la valorización de razas inferiores. Asimismo, se nos imponen también categorías de análisis desde lugares en los que el Bienestar y el Desarrollo se lograron —y se mantienen— gracias a los saqueos coloniales. Desde allí suele decírsenos, de manera sutil y con muy buenos modales, que no somos capaces de resolver nuestros problemas sociales si no somos acompañados por Agencias, ONGs originadas en el llamado primer mundo,

como garantes de eficiencia, responsabilidad, rigurosidad, pero especialmente de transparencia.

La noción de carencia pareciera que equipara a la dignidad con la sobrevivencia, con acceder a lo básico para no enfermar, no morir, lograr una instrucción básica y una mirada de reojo a la cultura superior del opresor, a la cual se accede como “espectáculo”. Mientras tanto, las producciones culturales propias suelen ser minimizadas, tratadas como parte de una escala evolutiva inferior. Estas cuestiones sugieren una serie de interrogantes: ¿cómo pensar las diferentes categorías de análisis que utilizamos en la intervención en lo social desde estas perspectivas?, ¿cómo introducirlas en lo instrumental?, ¿cómo formarnos en una escucha abierta que reconozca otras posibilidades de acceso a la demanda? De allí que se plantea la necesidad de reformular categorías de análisis de lo Social desde los aportes de la Intervención.

Podemos pensar a la subjetividad en América como una construcción histórica y social, como un producto que surge de un encuentro entre diferentes procesos en el que lo individual se funde en lo colectivo, en el que la Otredad tiene un carácter diferente en tanto negación en las distintas etapas de la conquista.

Esta correspondencia entre la subjetividad y lo colectivo surge de permanentes interacciones y construcciones históricas, políticas y sociales. Así, se constituye como terreno de disputa en el que diversas modalidades discursivas —en tanto expresiones de poder— pujan, tensionan, triunfan y también son derrotadas en diferentes momentos históricos. Esta relación entre subjetividad y realidad social implica formas de conocer, comprender y expli-

car, pero asimismo contempla modalidades afectivas, estrategias inconscientes y diferentes operaciones psicosociales que dialogan con los imaginarios de cada época generando distintas formas de tensión. De ese modo es posible pensar la construcción de la subjetividad en América como un juego de interacciones que se encuentra atravesado por una serie cambiante de relaciones de poder, las que se expresan de manera imperativa y también sutil, construyendo mentalidades, formas de explicación y resignación; se inscriben de disímiles maneras produciendo distintas marcas y trayectorias, siempre ligadas al contexto, a los avances y retrocesos, a las tensiones y juegos de poder y deseo.

La construcción de subjetividad en América es consecuente y dialoga con la descripción que hace Álvaro García Linera —ex-presidente del Estado Plurinacional de Bolivia— acerca de nuestros devenires históricos cuando afirma: “Luchar, vencer, caerse, levantarse, luchar, vencer, caerse, levantarse. Hasta que se acabe la vida, ese es nuestro destino”.

En América, la subjetividad es la posibilidad de pensarse a sí mismo desde lo colectivo, en tanto la Otredad nos constituye, se funde con la tierra, con lo sagrado, con los otros. La conquista implicó la imposición de un tipo de subjetividad que a través del tiempo justificó coercitivamente el saqueo, la colonización del pensamiento y una modalidad de coacción que la llevó a fortalecer estereotipos apoyados fundamentalmente en la ratificación de una supuesta inferioridad de ese Otro que no se asemejaba al conquistador. Así, la colonización sostuvo la apropiación de la subjetividad a través de diferentes dispositivos empleados por un

poder que se enunciaba a sí mismo como superior, imponiendo desde su capacidad de infligir dolor, deshumanizando, aplicando una forma de racionalidad esencialmente violenta, destructiva, amenazante. De esta manera, en nuestro continente no hablamos por nosotros mismos, somos hablados por otros mientras repetimos ese habla, esa discursividad, como si fuera propia. Asimismo, nuestra subjetividad es apropiada, robada, saqueada y especialmente encerrada dentro de la lógica del dominador. La subjetividad se transforma en campo de batalla, en lugar de tensiones, en terreno de disputas en el que nos reconocemos simplemente desde la tozudez, la búsqueda de la integración perdida, la interpelación que surge de lo impensado, de aquello que no logró ser conquistado y aún genera un foco de resistencia.

LOS RIESGOS DEL MÉRITO

El neoliberalismo y las nuevas formas de conservadurismo nos fueron impuestos a través de dictaduras militares, terrorismos de Estado, narrativas de todo tipo, engaños mediáticos con apoyo de la manipulación de las redes sociales. También, a través de una contracara sutil que actúa aún como falsa forma de escape, que fue cautelemente enunciada y se entrometió en nuestra vida cotidiana, esta es la lógica del mérito, la superación y la explotación de uno mismo.

De esa forma se construyó lentamente una subjetividad que fue naturalizando un fenómeno en el que cada individuo debe considerarse el único responsable de la situación que atraviesa,

por fuera de todo proceso estructural, económico o político. Desde la imposición de esa lógica del mérito, quienes se beneficiaron de las diferentes depredaciones económicas se consideran a sí mismos superiores y legítimos propietarios de los productos del saqueo, logrando a su vez que gran parte de las mayorías perjudicadas se perciban como responsables de su situación de exclusión, precariedad e informalidad.

Desde el discurso meritocrático desde hace décadas y sigilosamente se viene legitimando la desigualdad, logrando un doble resultado: el desprecio por quienes no ocupan los lugares económicamente privilegiados de la sociedad y la sensación de humillación de quienes quedaron fuera de estos.

Este discurso del “mérito” logró obviar y negar cualquier tipo de argumentación relacionada con los factores históricos, económicos, políticos y sociales que constituyen la realidad de nuestras sociedades y que indefectiblemente atraviesan y se inscriben nuestras trayectorias individuales.

De esa forma, el mérito individual como atributo logró construir gran parte de las sociedades distópicas que vivimos en la actualidad, consiguiendo que aceptemos —como nuestra responsabilidad individual— la existencia de un mundo en el que la desigualdad alcanza situaciones y circunstancias que nunca hubiésemos imaginado.

Los “ganadores”, los que salieron triunfantes luego de la depredación que ellos mismos cometieron, se muestran codiciosos y soberbios ostentando sus logros mientras se reafirman cada vez con mayor violencia y brutalidad.

La sociedad se divide entonces en “superiores” e “inferiores”, en tanto el único motor posible para estar en uno u otro lugar pasaría por la voluntad individual, el sacrificio y el esfuerzo, despreciándose lo colectivo, lo solidario, el bien común, incluso entendiéndolos como obstáculos para la “realización personal”.

Los “perdedores” cargan con la culpa de su derrota y muchas veces le trasladan a la Política la responsabilidad de su situación y en lugar de ser una forma de salida se presenta como una amenaza que recorta los caminos y las posibilidades.

Así, el Mercado desde lo objetivo y subjetivamente somete a la sociedad a través de la falacia de la “libertad” y la “competencia”, sumado a una exaltación absurda de la existencia de una supuesta “igualdad de oportunidades”.

El Mercado también logra ponerle obstáculos a la Política, inoculándola con la lógica del costo beneficio, la imagen y la corrección. De esta forma, la Política queda atrapada por la economía, retraduciendo los ideales de transformación en “mejoras” que son presentadas como indefectiblemente producto de derrames, como sobrantes, migajas que se generan a partir de un mayor enriquecimiento de quienes más tienen.

Los ideales de transformación son obturados por esas barreras. Así, lo político es sinónimo de gestión, sin estrategias, sin ideales, sin generación de transformaciones. Se trataría sencillamente de que se gesten, desde una buena administración, “mejoras en los indicadores económicos”, mayor estabilidad, garantizando la tranquilidad de los Mercados, los que actúan como un espantoso Leviatán que cada día exige más sacrificios.

Cuando la Política propone otros caminos relacionados con la redistribución, la igualdad de posiciones, los Derechos Sociales, la Justicia Social, la Solidaridad, es rápidamente calificada de ineficaz y corrupta a partir de relatos preestablecidos que se repiten casi mecánicamente.

La meritocracia no solo se presenta como una salida, absurda y falsa, por cierto, sino como un sostén fundamental, clave e irremediable para el sostenimiento de un mundo que se autodestruye generando más desigualdad. Un mundo en el que crecen de manera inevitable el hedonismo y la insatisfacción, el malestar, la desigualdad y, como consecuencia de esta última, la humillación de los más débiles, de los que no pudieron llegar; una civilización que fomenta de diferentes maneras la violencia y la destrucción que le dio sentido desde sus orígenes.

BIBLIOGRAFÍA

- Kusch, Rodolfo (1999). *América Profunda*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Memmi, Albert (1971). *Retrato del Colonizado*. Cuadernos para el Diálogo, Madrid.

CAPITULO 6

LA IRRUPCIÓN DE UN SUJETO INESPERADO EN LAS INSTITUCIONES Y LAS PRÁCTICAS Y LAS PROBLEMÁTICAS SOCIALES COMPLEJAS

SUBJETIVIDAD Y FRAGMENTACIÓN SOCIAL

Desde la perspectiva neoliberal y ultraconservadora, a través del discurso de la meritocracia y sus posturas conceptuales, las necesidades no son reconocidas como derechos sociales no cumplidos, sino que son atribuidas a falencias individuales, ya sea conductuales o genéticas. En este escenario de fragmentación social, quien demanda en las instituciones, en la calle o a través de diferentes formas de expresión suele ser visto como un Otro amenazante por aquellas instancias que deberían cuidarlo, escucharlo o incluirlo.

A su vez, nuestras sociedades vienen atravesando diversos procesos de fragmentación que construyen nuevas formas de desazón, desencanto y anomia. Se quebrantan los lazos sociales y desde hace algunos años también comenzó a resquebrajarse el Contrato Social. Desde allí es que se producen nuevos sentidos de lo político, lo económico y lo cultural. La incertidumbre, asociada a una sensación

de pérdida inminente de derechos y condiciones de vida que se presentaban como previsibles genera nuevas formas de padecimiento que se relacionan con la desaparición de la sociabilidad y desorganización de la vida cotidiana. La sociedad se tornó impredecible y caótica. De esta manera, la construcción de subjetividad en este escenario reafirma las salidas desde lo individual, desvalorizando lo colectivo, convirtiendo esa fragmentación en algo más que una separación, sino también en un motor de generación de odio entre las diferentes partes en que se separa la sociedad.

Por otra parte, desde un lenguaje hegemónico y a través de distintos medios de comunicación, se construye un discurso fuertemente individualista que pareciera que se introduce subrepticamente en cada uno de nosotros y consolida una forma de dominación a través una especie de autocontrol y punición que cada individuo ejerce sobre sí mismo, convirtiéndose en su propio guardián y carcelero. Esas formaciones discursivas justifican la desigualdad, la naturalizan y se apoyan en políticas de coerción, hacen apología de la represión y de la construcción de discursos de odio.

Así también, el controvertido y engañoso discurso de la autoayuda se transforma en una separación de los otros y especialmente actúa disciplinando aún más a toda la sociedad. Por otra parte, se consolidan formas de gobernabilidad en las que el neoliberalismo más acérrimo produce construcciones novedosas de subjetividad que pueden entenderse como esenciales y necesariamente fragmentadas. La ruptura del lazo, el temor y la violencia hacia lo Otro se transforman en una necesidad que se explica como un modo de biopolítica que atraviesa cuerpos y subjeti-

vidades construyendo una forma de dominación que pareciera momentáneamente eficaz.

Esas condiciones van desde el lazo social hasta los cuerpos y la subjetividad. Es posible pensar que las subjetividades actuales atraviesan un proceso de fragmentación que se constituye desde la imposición violenta del neoliberalismo como un mandato social y cultural que se presenta como única alternativa posible a seguir, donde hay solo perdedores y ganadores temporales.

Los que ganan solo consiguen un efímero, circunstancial y transitorio lugar dentro de una forma cada vez más ficticia de idea de inclusión social signada por una especie de necesidad de desigualdad; una sociedad cada vez más cercana a la metáfora de sumatoria de individuos, sin relación con el pasado, presente o futuro colectivos.

De este modo se han ido constituyendo distintas manifestaciones de la individualidad que llevan a la sensación de degradación de uno mismo y consecuentemente de lo Otro. Dentro de esta lógica, quien no pertenece al mundo de los ganadores debe revisar sus propias debilidades e incapacidades.

La subjetividad se moldea dentro de la lógica del Mercado y es allí donde se fragmenta, se divide, para adecuarse engañosamente a cada demanda, pedido o mandato que surge de este. Desde la exacerbación del individualismo, el porvenir y los proyectos se empañan y quedan marcados por la angustia y la desazón. La promesa emancipadora de la educación, al carecer de puntales y certezas, gira nuevamente hacia un sinsentido que traspasa a todos los actores sociales que la constituyen.

El neoliberalismo genera una forma de mirada impersonal, sin historia ni pertenencia, solo una supuesta individualidad que tiene valor y lógica desde la perspectiva utilitarista en la que la sociedad se construye en definitiva en soledad, sin los otros, mientras lo diferente y lo desigual tienden nuevamente a ser atravesados por el discurso de la psiquiatría positivista, transformando en individual el conflicto y el malestar social.

Una sociedad que no se reconoce como productora de desigualdad y que pareciera necesitarla y hasta festejarla, forzosamente para autojustificarse requiere apoyarse en la exaltación del egoísmo, en la meritocracia, en las debilidades de la voluntad. Las libertades transmutan, pierden su condición, quedan atadas al Mercado, solo son económicas, se desprenden del todo social y se transforman en artificios que generan más sujeción.

Así, las necesidades dejan de ser derechos sociales no cumplidos para transformarse en falencias individuales, genéticas o conductuales. En la actualidad, en sociedades como la nuestra, donde la apariencia de una felicidad artificial —publicitaria— es el reaseguro para seguir perteneciendo, todo aquello que diga algo diferente se presenta como disruptivo.

LA FRAGMENTACIÓN INSTITUCIONAL

De allí la pérdida de confianza y las desilusiones en relación con la escuela, que no llega o apenas llega a cumplir su capacidad de correctora de desigualdades y agente de movilidad social, muchos jóvenes se

preguntan porque estudiar una carrera si ésta no permite obtener un empleo correspondiente a sus esperanzas y ellos están condenados al paro y a los salarios de hambre. (Gilles Lipovetsky, 2008)

También las instituciones, ahora acosadas más que nunca por esas formas discursivas, fragmentan cuerpos, trayectorias y subjetividades. Se muestran azoradas, con menor capacidad de respuesta, atravesando una intensa crisis de legitimidad y representación al no poder cumplir con sus mandatos fundacionales.

La incertidumbre también atraviesa a las instituciones. Allí es posible visibilizar formas de fragmentación que se expresan a veces como puja de diferentes sectores, personas, espacios. Pareciera que cada lugar dentro de las instituciones construye, elabora y ratifica un sujeto de intervención social que es diferente, propio de cada microespacio y ajeno a los otros. Al terminar de desdibujarse el proyecto de Nación, la Fraternidad como elemento esencial en la constitución de este se evapora y se extravía el sentido, el “para qué” de las prácticas y los dispositivos.

Las instituciones estatales, nuevamente degradadas por el desfinanciamiento, la violencia del Mercado y la desacreditación, se inscriben dentro de una lógica que vuelve a reafirmar que lo público es una carga que es sostenida por cada uno de los todavía “incluidos” sociales. La fragmentación institucional se puede entender como una forma de dispersión de las diferentes potestades y competencias de estas, lo que obstaculiza la coordinación y la solidaridad sistémica dentro de cada institución, como así también de cada sector.

La noción de Solidaridad no se presenta como copartícipe con la de la Igualdad. En otras palabras, se logró instalar un discurso en el que la Solidaridad restringe la Libertad. Mientras que las instituciones del Estado se encargaban hasta no hace mucho de intentar ese reencuentro en el que la diversidad, lo heterogéneo, construían integración y fortaleza social, el neoliberalismo consiguió, por lo menos momentáneamente, separar las nociones de Igualdad, Libertad y Fraternidad, sembrando lentamente a través del terrorismo de Estado y de Mercado, una desconfiada mirada hacia lo Otro.

LA IRRUPCIÓN DE UN SUJETO INESPERADO

La producción de subjetividad que surge de los escenarios actuales se relaciona con diferentes condicionantes que genera el neoliberalismo; es, de alguna manera, una subjetividad que se constituye dentro de un raciocinio en el que impera la integración social selectiva, es decir atravesada por la lógica de Mercado, desde donde se ponen límites, perfiles, recortes que se constituyen como un conjunto de elementos que demarcan aquello que posiblemente será aceptado o rechazado, tanto a nivel social como institucional.

De esa manera, el sujeto que se presenta en las instituciones, demandando, transitándolas, puede generar una distancia que se transforma en sensación de extrañeza, azoramiento y sospecha, convirtiéndose en un Otro que suele ser visibilizado desde el temor. Es un sujeto que tampoco coincide con los mandatos fundacionales de las instituciones y es contradictorio con la idea

de sujeto de intervención que estas generaron dentro de las fragmentaciones que se fueron construyendo desde las lógicas neoliberales. En otras palabras, una subjetividad que se funda desde la exclusión dentro de trayectorias fragmentadas marcadas por la pérdida de derechos y la incertidumbre.

Entre el sujeto que cada institución sigue esperando y el que realmente llega se produce una distancia que varía según diferentes circunstancias, que en determinadas situaciones puede ser transitable y, en otras, produce un hiato, un vacío que lo torna irreconocible y ajeno. Esa ajenidad se transforma en una forma de temor que paraliza, desconcierta y, desde el rechazo, construye una especie de limitación que se expresa como incapacidad.

Frente a ese sujeto inesperado, las instituciones dejan de contener, de escuchar, de socializar y fundamentalmente de cuidar. Paradojalmente, se invierte el sentido: ese sujeto que debe alojado y contenido produce muchas veces una acción inversa que se puede sintetizar en el acto de cuidarse de quienes deben ser cuidados.

Por otra parte, en el tránsito de una sociedad que se proponía recuperar la integración a otra que ratifica la dualidad de la integración y la exclusión, las instituciones acrecientan la falta de solidaridad de unas con otras.

Los cambios sufridos en los últimos años en nuestra sociedad generan incertidumbre en el plano de los derechos y la pérdida de libertades, impactan singularmente en diferentes sectores como salud, educación, acción social, generando una pérdida concreta de apoyos, acompañamientos y acciones que se orientaban a sostener a ese sujeto que llegaba a cada institución. Estos entran en

la actualidad en un plano de incertidumbre y el impedimento en la accesibilidad que genera desconcierto e indignación.

Ese sujeto inesperado se ratifica como producto del padecimiento de no formar parte de un todo social que vuelve a separarse ahora con nuevas formas de la violencia, transformando la promesa de derechos subjetivos y libertades en una opresión que se expresa en biografías en las que sobresalen los derechos vulnerados, su ausencia de reparación desde políticas activas, sumando más y nuevas pérdidas.

En otras palabras, emerge un sujeto que no es ya homogéneo, sino que más bien es un sujeto que muestra la fragmentación y la desorientación que lo constituye; un desconcierto que se presenta como premeditado, impulsado desde el temor y la represión que evoca lo siniestro de nuestra historia.

Ese sujeto inesperado surge allí donde la complejidad del sufrimiento marca las dificultades de los abordajes uniformes y preestablecidos, gestados a través de protocolos que siguen las tendencias del Mercado que superan muchas veces los mandatos de las profesiones y las instituciones.

Así, es solo un individuo precario, temporal, al cual se le restringe su posibilidad de ser en su relación con otros. Todo este proceso se da en una sociedad en la que el porvenir vuelve a oscurecerse y a enfermarse de incertidumbre a través de acciones de todo tipo que atraviesan de manera tenaz, persistente y silenciosa lo cotidiano.

SUBJETIVIDADES RESISTENCIAS Y FUTURO

Las condiciones de construcción de subjetividad surgen también desde la resistencia, desde la posibilidad de generación de disrupciones en el orden social que pretende establecerse, se expresan y sostienen desde la construcción de acontecimiento.

Los espacios de socialización que aún poseemos, tanto formales como informales, muestran la posibilidad de recuperar el lazo social que es atacado a través de una premeditación abierta y descarada. Estamos posiblemente ante una serie de nuevas acciones siniestramente diseñadas, muy similares al terrorismo de Estado, que apuntan a una destrucción sistemática del lazo social, de nuestra integración, de nuestra solidaridad.

Es desde la recuperación de la identidad, la pertenencia, lo propio situado e imbricado con nuestra condición latinoamericana, que es posible transitar los recorridos que llevan a transformaciones, a la reconstrucción de integraciones perdidas y recuperadas desde la conquista.

Tal vez desde allí se puedan generar nuevas formas de institucionalidad que den cuenta de lo heterogéneo, de las posibilidades de acompañar y cobijar que siguen latentes y presentes en nuestras prácticas. Para ello necesitamos implicarnos intensamente en un compromiso que parta de la idea de que no hay sociedad posible sin un Otro.

LAS PROBLEMÁTICAS SOCIALES COMPLEJAS

A partir de estos escenarios es que se presentan nuevas expresiones de la Cuestión Social. Las mismas se caracterizan por un

incremento en su complejidad; así, los problemas sociales contienen tanto características objetivas como subjetivas. Estos, se constituyen en parte como producto de alteraciones en las formas de integración de la sociedad y se constituyen cuando la fragmentación de la sociedad genera más y nuevas desigualdades sociales.

En contextos de fragmentación social, esas problemáticas sociales complejas se articulan desde una serie de cuestiones. Por un lado, la noción de injusticia —de los problemas sociales— que puede alcanzar a sectores heterogéneos de la sociedad en tanto situaciones no deseadas que influyen en la percepción de los mismos, su representación social y las explicaciones de las relaciones causales de su constitución. Por otro, en sociedades heterogéneas los imaginarios de los problemas sociales —como construcción simbólica que se recrea en las interacciones de la propia sociedad— atraviesan también a las instituciones, las prácticas que se ejercen en ellas y a los propios sujetos de la intervención.

De este modo, las Problemáticas Sociales Complejas no son estáticas, se mueven en los laberintos de la heterogeneidad social, la crisis de deberes y derechos subjetivos, el ocaso de los modelos clásicos de las instituciones y la incertidumbre de las prácticas que intentan dar respuestas a estas.

A su vez, las Problemáticas Sociales Complejas constituyen una sumatoria de disímiles problemas sociales que se entrelazan y construyen demandas fuertemente singulares. Desde la intervención en lo social se visibiliza que cuando un problema social se presenta en el lugar de la demanda de intervención, está atravesado por otros problemas sociales que se construyen desde múlti-

ples percepciones y representaciones que van más allá del nombre o enunciado de estos. Desde allí interpelan a los derechos sociales y civiles no cumplidos.

A su vez, las problemáticas sociales actuales están atravesadas por diferentes componentes, en los que cada uno de ellos tiene su propia representación, tanto en la esfera del sujeto, su grupo de pertenencia, su red social, como para el resto de las prácticas y modalidades de intervención.

Las Problemáticas Sociales Complejas son transversales, abarcando una serie de problemas que se expresan en forma singular en la esfera del sujeto. Así, reclaman intervenciones desde diferentes ámbitos que marcan nuevos desafíos a las posibilidades de la interdisciplina, especialmente desde su singularidad.

Pareciera que cada caso, cada momento de intervención, requiere de un proyecto a construir en la diversidad de ese otro, observándose la necesidad de su palabra, su comprensión y explicación del problema como forma de aproximación a la “verdad” de este.

Por otro lado, las Problemáticas Sociales Complejas exceden las respuestas típicas de las instituciones, dado que estas fueron construidas dentro de una lógica ligada más a homogeneidad de las poblaciones y los problemas sociales que a su heterogeneidad. De ahí que el reclamo implícito o explícito pase por la búsqueda de respuestas singulares, incluso, cada problemática implica recorridos institucionales diversos según cada caso.

Dentro de su contexto de aparición, las Problemáticas Sociales Complejas muestran en forma descarnada los efectos de las tensiones entre necesidades y derechos, dan cuenta de cómo la

pérdida de derechos sociales conlleva a un progresivo o rápido quebranto de los derechos sociales y marcan la necesidad de abordarlas en profundidad desde una perspectiva singular.

A su vez, otro foco de tensión caracteriza a estas nuevas expresiones de la cuestión social: un contexto en el que las expectativas se multiplican mientras que se reducen las posibilidades de alcanzarlas en un escenario en el cual la meritocracia es sinónimo de posibilidad que se transforma en culpa y fracaso cuando se choca con la realidad.

Por otra parte, la reinserción social en sociedades fragmentadas también se inscribe en las Problemáticas Sociales Complejas, dado que los sistemas clásicos de reinserción generan muchas veces mayor exclusión, o bien la disyuntiva de reinsertar individuos en sociedades que ya no existen a través de dispositivos que tienden más al rechazo que a la asistencia.

Pareciera que los dispositivos típicos de intervención en lo social fueron concebidos para actuar en las diferentes “capas” que construyen un problema social en forma ordenada y predefinida, cuando las respuestas que se reclaman y que pueden generar algún tipo de transformación o reducir el padecimiento resultan complicadas, diversas y se ordenan según cada situación en la que se interviene.

Teniendo en cuenta que las instituciones fueron creadas desde una perspectiva de sociedad integrada, en la que la desintegración era una tensión posible, los dispositivos típicos de intervención entran en crisis dada la complejidad de las demandas y lo turbulento de los escenarios.

De esa forma, esa lógica queda invertida, las instituciones actúan en sociedades fragmentadas en las que la integración es el

foco de tensión, al presentarse a veces —en forma paradójal— como lo diferente.

Por otra parte, las instituciones no se crearon desde la perspectiva de la exclusión social, siendo esta categoría una expresión de los malestares actuales.

También, las problemáticas sociales complejas son producto de diferentes procesos de estigmatización, de marcas que se expresan en los cuerpos, se inscriben en la memoria, constituyendo otras formas del padecimiento y que son en parte efecto de la tensión integración-desintegración de nuestras sociedades. Una sociedad que pierde su capacidad de alojar, contener y acompañar segrega, estigmatiza y construye de esa manera su propia disolución.

Las Problemáticas Sociales Complejas implican la necesidad de construcción de nuevos dispositivos de intervención que puedan recuperar la condición histórica social perdida en nuestras sociedades, luego de décadas de descomposición de dictaduras, represiones y modelos económicos que concentraron la riqueza alterando la distribución a cifras impensadas.

La Cuestión Social hoy se tensiona desde el derecho a pertenecer, de no migrar, necesitando para su resolución la generación de nuevas formas de reinscripción e inscripción social. Pero por otra parte, estos nuevos escenarios, en tanto expresiones del contexto como espacios de intervención, imprimen otro tipo de necesidades que se relacionan con la recuperación y búsqueda de saberes y destrezas, allí donde la desigualdad dejó sus marcas hacia toda la sociedad.

En este aspecto, las disciplinas que intervienen en lo social se encuentran frente a nuevas posibilidades en las que sería dable pasar de la lógica de la detección de lo enfermo, disfuncional o patológico, hacia la recuperación en cada sujeto desde sus propias capacidades y habilidades; es decir, orientar la intervención hacia una lógica de reparación. Estos temas se presentan como desafíos que surgen desde la intervención social y que muestran la necesidad de repensar perfiles institucionales, políticas públicas y formaciones académicas.

Así, las Problemáticas Sociales Complejas se expresan como un verdadero desafío para las Políticas Públicas y la Legislación, ya que son demostrativas de la vulneración de derechos, la incertidumbre, el desencanto y especialmente de las nuevas formas de construcción de procesos de estigmatización ligados a grupos sociales determinados.

La Intervención en lo Social desde esta perspectiva debe tener en cuenta la historicidad de los cambios, los padecimientos del presente y una representación con respecto al futuro.

Cabe preguntarse si la Intervención es un campo de conocimiento y que como tal debe definirse como un saber que se construye “a posteriori”, en definitiva a partir de la experiencia. De ese modo la experiencia interroga a la teoría, le genera nuevas preguntas, elabora nuevas síntesis atravesadas por la inminencia del contexto en la singularidad microsocial de escenario de intervención.

En este aspecto, la experiencia de la Intervención cuenta en la actualidad con un capital cultural significativo que permite una visión de la práctica signada por la noción de acontecimiento,

teniendo en cuenta que el acontecimiento no es lo que sucede (accidente), está en lo que sucede desde allí nos inventa y nos espera. El acontecimiento genera la demanda y desde allí es posible acceder a nuevas respuestas, para comprender en profundidad y desde allí construir junto con ese otro que reclama la intervención las posibilidades de transformación que ésta conlleva.

BIBLIOGRAFÍA

- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2007). *Escuchar las Prácticas*. Editorial Espacio, Buenos Aires.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2007). Problemáticas Sociales Complejas y Políticas Públicas. *Revista CS. Universidad ICESI*. Cali, Colombia.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2023). *Lo Histórico, lo Teórico, lo Metodológico*. Editorial Margen, Buenos Aires, 2da Edición.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2022). *La subjetividad como terreno de disputa*. Editorial Margen, Buenos Aires.
- Castel, Robert (2004). *La inseguridad Social*. Editorial Manantial, Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles (1991). Posdata a las Sociedades de Control. En Ferrer, Ch. (comp.) *El Lenguaje Literario N° 2*. Editorial Nordam, Montevideo.
- Lipovetsky, Gilles (2008). *La sociedad de la decepción*. Editorial Anagrama, Barcelona.

CAPITULO 7

LA ACCESIBILIDAD COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS DE LAS DESIGUALDADES EN EL SISTEMA DE SALUD

LA COMPLEJIDAD DE LOS ESCENARIOS ACTUALES

La salud y las políticas sanitarias, si son entendidas como procesos de construcción colectiva, no son ajenas a la serie de acontecimientos y circunstancias que desde los últimos años atraviesan los dispositivos de asistencia en los diferentes niveles de atención.

Las ausencias reales y simbólicas que dejó la pandemia y el avance de la lógica de Mercado también hacen mella en el sector salud, atravesando tanto la pérdida de sentido en los mandatos fundacionales de las instituciones como en la justificación de su desmantelamiento a través de diferentes estrategias de desfinanciamiento y discursos mediáticos que construyeron barreras materiales y simbólicas que se expresan en la pérdida de legitimidad de las instituciones.

Repensar la accesibilidad en el campo de la salud en los escenarios actuales posiblemente implique una búsqueda y revisión de conceptos y categorías que sirvan para su análisis y estudio, entendido esto desde la integralidad, especialmente a partir de la puja con la persistencia del relato neoliberal que trata de continuar hegemonizando las prácticas, el sentido de las instituciones y la justificación en la desigualdad de las posibilidades de atención y tratamiento.

A partir de estos aspectos, la noción de accesibilidad¹ se presenta como una vía de entrada para repensar las Políticas Sociales y las de Salud poniendo a la perspectiva del sujeto social en relación a su situación y visión del proceso salud enfermedad, especialmente desde su condición sociocultural y las relaciones entre las Políticas Sociales y las posibilidades de reconstrucción de la sociedad en un lugar central.

En principio, la accesibilidad se cimenta como una vinculación, es decir como un lazo social entre el sistema de salud o de acción social y los usuarios de este; de ese modo puede ser entendida como una relación cargada de significados que vinculan a las políticas, las instituciones y a la sociedad.

1. La accesibilidad es presentada en general a través de cuatro dimensiones: no discriminación, accesibilidad física, accesibilidad económica y acceso a la información. Para Floreal Ferrara (1987) la accesibilidad tiene las siguientes dimensiones: geográfica, sociocultural, económica y administrativa.

EL ESTUDIO DE LA ACCESIBILIDAD EN EL SISTEMA DE SALUD COMO VÍA DE ENTRADA AL ANÁLISIS Y DISEÑO DE POLÍTICAS

Los cambios que se fueron produciendo en la esfera de la economía desde mediados de los años setenta hasta la crisis del año 2001 en Argentina se apoyaron en la aplicación de un modelo de corte neoliberal que en forma paulatina llevó en lo social a una distribución de la riqueza cada vez mas injusta, ampliándose de manera sustantiva la brecha entre ricos y pobres. En ese período también nuevos sectores sociales empobrecieron, generándose además un clima de época en el que lentamente comenzaron a emerger la incertidumbre y la desprotección social mientras que paralelamente el Estado dismantelaba sus dispositivos de protección y ampliaba su poder punitivo.

La accesibilidad al sistema de salud aparece como uno de los elementos más significativos para el análisis de los efectos materiales y simbólicos de las políticas neoliberales en el campo de salud, tanto desde una perspectiva histórica como para el estudio de las mismas en el presente.

Al multiplicarse el crecimiento de los índices de empobrecimiento y desempleo se acumularon desigualdades que hicieron eclosión en diferentes crisis. Como consecuencia, surgieron nuevas diferencias sociales y situaciones de injusticia que hacía décadas que no se presentaban y se expresaban en un mundo señalado por el culto al Mercado.

A partir de infinidad de formas de “ajuste”, restricciones y recortes, se trataba de poner en práctica la metáfora de mantener su

quietud y no provocarle “alteraciones de carácter”, en definitiva, cuidar su estabilidad. A partir de la dictadura, el Mercado se había transformado en forma pausada en un nuevo disciplinador social, tal como dijimos, en una especie de Leviatán al cual se le entregaban vidas e ilusiones de toda una sociedad, día a día, para lograr su indulgencia, perdón y la promesa de una estabilidad económico social que solo se reflejaba en las voces de los comunicadores de la economía y la política que hegemonizaban las frías pantallas de los canales de televisión y demás medios de comunicación.

Como consecuencia de lo expresado, en los años del neoliberalismo emergieron del sector salud nuevas formas de padecimiento relacionadas con expresiones de injusticia acordes a la época y que fueron presentándose desde más y nuevos actores que comenzaban a recorrer las salas de los servicios estatales de salud. Algunos eran rostros novedosos. Los que penosamente lograban llegar procedían de la pobreza estructural, otros veían con asombro que se encontraban allí a partir de una situación de caída expresada en la falta de trabajo, sin cobertura social, con los lazos sociales y el capital simbólico deteriorados. Las nuevas víctimas del disciplinamiento del Mercado comenzaban a ver el recorte de sus ciudadanías en las inscripciones de sus cuerpos, en sus enfermedades y estigmatizaciones; pero también pugnaban por acceder a servicios de salud pública deteriorados por los ajustes, recortes y políticas que se orientaban a seleccionar y expulsar del sector a los nuevos indeseables del modelo neoliberal.

La vida cotidiana se transformaba en algo precario e incierto, donde la pérdida de derechos sociales como marca de una caída

hacia afuera de la sociedad de Mercado llevaba rápidamente a un nuevo deslizamiento que culminaba con la privación de los derechos civiles y golpeaba en forma sistemática las posibilidades de autonomía. En este contexto de nuevas y viejas demandas ubicadas en escenarios desconocidos, en los diferentes servicios del sector público de salud y especialmente en los Servicios Sociales, comenzaron a escucharse historias de personas que intentaban poner en palabras la singularidad de lo que les ocurría y se encontraban inscriptas en cada uno de ellas, en su subjetividad y en sus relaciones familiares y sociales. Se trataba de historias de padecimientos que se entrecruzaban en los pasillos de los hospitales y en las salas de espera de los centros de salud con una superposición de lógicas, formas de comprender y explicar lo que estaba ocurriendo, a veces con una marcada tendencia a naturalizar el sufrimiento, otras, en la elaboración de estrategias de resistencia en las que la accesibilidad se había transformado en un territorio de luchas y tensiones.

La noción de accesibilidad que había sido construida desde una visión universalista a partir de Ramón Carrillo y la construcción de un sistema nacional de salud fueron desplazadas lentamente de la esfera de los derechos sociales para retroceder a la lógica de la asistencia y la racionalidad economicista impuesta por las políticas de focalización.

Otra expresión de estos temas la encontramos en los procesos de precarización de la cotidianidad en diálogo con la noción de accesibilidad. La precariedad condujo al sostenimiento de la vida cotidiana a través de estrategias de sobrevivencia individuales, en

las que lo que sobresalía era el presente. Estos procesos implican también nuevas visiones de lo corporal, del dolor, del padecimiento que paulatinamente queda relegado, modificándose inclusive las formas de percepción de la enfermedad y los niveles de alarma acerca de esta.

De ese modo, la construcción desde la economía y la política de escenarios en los que la accesibilidad a la protección social era recortada y mutilada, muestra la aparición de nuevos problemas sociales y subjetividades que se expresaban en diferentes formas de comprender y explicar el proceso salud enfermedad en un contexto de desigualdad social.

La alteración de las conformaciones clásicas de los lazos familiares y comunitarios llevó también al deterioro de las posibilidades de contención y amparo por parte del tejido social o de la familia, generándose una pérdida de espacios de construcción colectiva de la accesibilidad, quedando esta reducida a la inserción del sujeto en el Mercado o al desarrollo de estrategias individuales de acceso al sistema de salud signadas por la necesidad y la urgencia.

Los profetas del terrorismo de Mercado planteaban de diferentes maneras que cada caída en la exclusión era en gran parte una responsabilidad individual debida a no saber adaptarse a un “nuevo orden mundial” que fortalecía un único discurso.

La accesibilidad al sistema de salud se transformó en una especie de presa codiciada por los tecnócratas neoliberales. Se trataba de ahorrar en el llamado “gasto público”, poniéndole obstáculos a ese ítem desde una lógica centrada en una idea de gestión en la que primaba el menor uso de los servicios de salud. La accesi-

bilidad, en tanto la llegada y trayectoria de un sujeto dentro del sistema de salud, fue así cercenada, “racionalizada” desde las imposiciones del Mercado. De ese modo, la lógica del “giro cama”, que implica el tiempo en que permanece una persona internada dentro de un hospital —y que sintetiza la perspectiva de la aplicación del binomio costo beneficio en las políticas de salud— intentó ser impuesta a cualquier costo, generando nuevas formas de exclusión, exilio y expulsión del sistema, traducida en la desprotección y el desamparo enunciados desde una forma de eficiencia teñida de desigualdad social.

Estudiar la accesibilidad en salud hoy implica repensar las políticas en este ámbito, tanto en el diseño de estas como en las implicancias relacionales, organizativas y subjetivas que la constituyen, teniendo en cuenta sus consecuencias histórico sociales.

La accesibilidad es, en definitiva, una construcción colectiva y eminentemente política que da cuenta de la salud de una población y muestra de manera concreta la llegada real de las políticas sanitarias a la población.

LA ACCESIBILIDAD HOY Y LAS MARCAS DEL TERRORISMO DE MERCADO

Las expresiones actuales de la cuestión social emergieron como formas novedosas de padecimiento que abarcaron cambios en la esfera de la cultura, tanto como en la comprensión y explicación del contexto y la vida cotidiana, pero también en las significaciones acerca de la salud y la enfermedad, su construcción simbólica

y la noción de la asistencia como derecho. Tales manifestaciones muestran la posibilidad de formular nuevos interrogantes con respecto a los dispositivos clásicos de la intervención en Salud.

En este aspecto, la noción de accesibilidad puede presentarse como una manera de comprensión de los nuevos problemas que atraviesan el sector, pero también desde ella se pueden obtener aportes a partir la perspectiva de la construcción de políticas de salud. A su vez, las expresiones actuales de la cuestión social emergen como formas novedosas y complejas del padecimiento singular y colectivo que, al abarcar cambios en la esfera de la cultura, proponen nuevos encuentros entre el campo de la salud y las ciencias sociales.

Una vía de entrada a esta nueva agenda puede pasar por el análisis de la construcción, comprensión y explicación de la vida cotidiana y de la percepción del proceso salud enfermedad desde diferentes formas de territorialidad en la que la enfermedad es un acontecimiento ligado a múltiples cuestiones que la condicionan, producen y construyen desde una subjetividad situada, en definitiva, a partir de nuevas preguntas acerca de cómo surgen las formas de demanda relacionadas con la salud y que atraviesan diferentes sectores de las Políticas Sociales. De este modo, el resultado de la mirada hacia la accesibilidad puede condensar desde su complejidad a las nuevas formas de construcción de demanda hacia los servicios de salud.

La accesibilidad, entendida como una forma de relación con el Estado, las Políticas Sociales y de Salud se convierte en un instrumento que puede develar el juego que en forma persistente

aún marca la puja entre la dinámica de la sociedad y la lógica del Mercado. Así, la accesibilidad dialoga con la pertenencia a las redes de sociabilidad y las diferentes construcciones de la identidad.

Hoy, las políticas de salud, confiscadas y encarceladas por el Mercado, tienden a frenar la accesibilidad, a restringirla a los sectores con mayor concentración de la riqueza. De este modo se desfinancia el sector Público y el de la Seguridad Social cae junto con los índices de desempleo y baja del salario real. El Mercado es quien decide sobre la vida y la muerte, sobre los medicamentos, los estudios de diferente complejidad, la llegada a los consultorios de asistencia y el tránsito en las instituciones.

De manera selectiva y sutil logra que se acumulen los muertos, mientras que los enfermos sentirán que no pueden acceder por su propia falta de mérito. En consecuencia, con la mirada neoconservadora, desde el Mercado y los Estados que quedan cautivos por este se construyen estrategias de desfinanciamiento que implican la construcción de barreras a la accesibilidad haciendo que la llegada al sistema de salud sea cada vez más dificultosa y fútil. Si se llega, se hace cada vez más complicado permanecer en el Sistema de Salud o se es abiertamente expulsado del mismo.

ACCESIBILIDAD, CUERPO Y NEOLIBERALISMO

Los efectos del neoliberalismo atraviesan las Políticas Sociales, las instituciones y los actores sociales que circulan dentro de estas. Así se construyeron nuevas formas de subjetividad que implican

la necesidad de revisar las maneras en que se accede al sistema de salud, se permanece y transita dentro de él.

Los cambios ocurridos en las últimas décadas se expresan en la construcción de nuevas implicancias sociales y culturales del padecimiento. La percepción de la salud y la enfermedad, así como la noción de corporalidad giró hacia formas de naturalización del dolor. El terrorismo de Mercado también creó condiciones laborales que sugieren otras formas de percepción de lo mórbido y el temor al desempleo construyó nuevas formas de sentir y sufrir; el malestar es silenciado, naturalizado, sencillamente por la necesidad de mantenerse en el trabajo.

Pero esa “inclusión” también surge desde la fantasía de permanecer dentro de una sociedad que estigmatiza, separa o aísla a quienes exhiben, demuestran o ponen en palabras sus padecimientos. De ese modo es frecuente que se acuda a trabajar con signos y síntomas de enfermedad y según las capacidades adquisitivas se podrá o no acceder a diferentes medicamentos que muchas veces ocultan las señales del cuerpo, prometiendo seguir estando, perteneciendo a los grupos de personas saludables que muestran una imagen juvenil, sana, y distendida a través de la producción de imágenes elaboradas desde las diferentes estrategias de venta de medicamentos.

Los signos y los síntomas se naturalizan ocultos en nuevas formas de la corporalidad que también dialogan con modos de subjetividad de construcción de barreras a la accesibilidad y los Derechos Sociales, sencillamente silenciándolos; en definitiva, ocultar el síntoma, negarlo para seguir perteneciendo a una me-

táfora de sociedad idealizada a través de múltiples estrategias de mercado y escenografías montadas para negar el acontecimiento que rodea y construye el proceso salud enfermedad. La persistencia mediática de las estrategias publicitarias incluso logró naturalizar que la primera reacción frente a un síntoma o sensación de enfermedad se transforme en una compra de medicamentos.

Ese silencio de los cuerpos y de sus señales construido desde una lógica economicista repercute en la accesibilidad de diferentes maneras. Se intenta acceder cuando el efecto de lo mórbido ya no permite trabajar o generar estrategias de sobrevivencia, lo que muestra un cambio en los niveles de alarma sobre lo que ocurre en los cuerpos de unos y otros.

Precisamente, se consulta cuando ya no se puede seguir, cuando la expresión del síntoma construye una sensación o realidad invalidante que indica la necesidad de la atención dentro el Sistema de Salud. Desde otras realidades y lógicas puede alzarse un punto de interpelación a la noción de accesibilidad al sistema de salud, sencillamente desde la posibilidad de generación de políticas y estrategias de intervención que desnaturalicen esas cuestiones y propongan nuevas formas de acceso al mismo.

LA ACCESIBILIDAD Y LA INCERTIDUMBRE EN LA ATENCIÓN DENTRO DEL CAMPO DE LA SALUD

La accesibilidad también se entrecruza con otra serie de interrogantes que se fueron construyendo dentro del contexto del

neoliberalismo. En este aspecto, lo institucional se inscribe en un terreno de nuevas formas de la incertidumbre en las que la accesibilidad comenzó a ser atravesada por interrogantes ligados a la posibilidad de asistencia de las instituciones, públicas, privadas y de la Seguridad Social. No se trata solo de llegar al hospital sino de lograr que la intervención en las diferentes consultas sea trabajada, resuelta y posea capacidad de construir certeza.

Las condiciones actuales del sistema de salud muestran que la accesibilidad no finaliza con el ingreso a este, sino que implica una recorrida singularizada que requiere la resolución integral de la demanda. Estas cuestiones están atravesadas por una serie de circunstancias que las condicionan. Desde hace décadas, la circulación de la palabra en las instituciones de salud está siendo remplazada por los medicamentos, así como los estudios complementarios se han transformado en una nueva forma de lenguaje que se inscribe más cerca de la lógica del protocolo que de la escucha. De ese modo, el sistema de salud no logra resolver, más que a corto plazo, circunstancias complejas que van más allá de los aspectos biológicos y sintomáticos que construyen la demanda de asistencia.

La accesibilidad ingresa a otro sendero de incertidumbre, en el que la institución de salud y sus profesionales suponen que la consulta se resuelve en la medida en que el procedimiento se acerque a lo que se considera más correcto por mandato institucional o por la imposición de un neopositivismo muchas veces funcional a los intereses de las multinacionales de los medica-

mentos o colonizados por la tecnología, signando la relación de los sujetos sociales con el sistema de salud solo a través de relaciones causa efecto. Así, se enfría la vinculación, el lazo que se construye dentro del sistema de salud queda despersonalizado, el otro se transforma en un objeto sin historia, desposeído de su singularidad. Estas cuestiones se hacen más complejas cuando se suman a la desconfianza que se genera por el temor a las denuncias por mala praxis, incorporando de esta forma una nueva barrera a la accesibilidad. La dificultad que muestra la falta de certezas también se imbrica con las inseguridades que atraviesan los equipos interdisciplinarios, fundadas en la complejidad de los escenarios actuales de intervención social, las nuevas lógicas institucionales y especialmente en la crisis de una sociedad que padeció por décadas el desmantelamiento del Estado, perdiéndose uno de los ejes fundamentales de la garantía de la integración social e institucional. La fragmentación de la sociedad se expresa en los cuerpos y —dentro del sistema de salud— en la mirada sobre estos. Las especializaciones construyen sus propios fines sin importar lo que ocurre con el todo, generando otra serie de inconvenientes a la accesibilidad, ahora desde otras formas de complejidad.

En definitiva, las Políticas de Salud y la accesibilidad no deben implicar solamente el ingreso al sistema, dado que ese hecho no garantiza que tenga una aplicación y adaptación real sino que el mismo debe ser acompañado dentro de las diferentes instancias institucionales, sumando incluso estrategias de reparación, escucha y cobijo que van más allá del proceso salud enfermedad.

ACCESIBILIDAD Y TERRITORIO

La Accesibilidad también se expresa en espacios territoriales, desde los que se construyen sentidos, pujas, posibilidades y interrupciones que se imbrican con el Sistema de Salud. Por ejemplo, cuando la institución es reflejo de un territorio ajeno u hostil, comienza a marcar y plantear dificultades de orden material y simbólico que rigen trayectorias diferenciadas aun cuando el usuario logre ingresar a ella. La construcción discursiva de la ajenidad de los ciudadanos del Gran Buenos Aires en los hospitales de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es una muestra de ello y las representaciones sociales que atraviesan esos encuentros suelen expresar una forma de acceso peculiar, marcada por la idea de beneficio, ilegitimidad y dádiva.

En muchas circunstancias, en forma poco visible cada prestación se tiñe de una lucha por el derecho a la salud, convirtiendo la relación entre el sujeto de derecho y la Política Sanitaria en un terreno de complejidades, dudas y dificultades que atraviesan la intervención y le suman más problemas a la propia interrupción del proceso salud y enfermedad. En los Centros de Salud, suele ocurrir algo semejante entre los pobladores tradicionales de los barrios más empobrecidos y los que recién llegan a habitar la periferia de esas formas de la pobreza.

Desde lo territorial, la accesibilidad se presenta como un punto de interrogación, análisis y acción en las Políticas Sanitarias. Floreal Ferrara (1987) explicaba lo territorial desde la “Accesibilidad Geográfica”, que implica la necesidad de tener en cuenta la

cantidad de usuarios del Sistema de Salud que puede utilizar sus servicios, considerando también el tiempo de desplazamiento hacia estos, es decir que la accesibilidad también tiene que ver con la distribución y la localización de los servicios.

Es justamente desde lo territorial donde es observable la necesidad de repensar convenciones sistemáticamente repetidas y fallidas como los sistemas de referencia y contrareferencia como ordenadores de las circulaciones dentro del sector, tanto desde el punto de vista material como simbólico.

Pensar las Políticas Sanitarias como Políticas Sociales implica una indefectible presencia de lo territorial, desde una accesibilidad integrada, con clara inserción en él como único camino para transformarse en un dispositivo de integración social.

LA ACCESIBILIDAD Y LOS EQUIPOS DE SALUD

La Accesibilidad también se encuentra estrechamente ligada a las prácticas en salud, especialmente desde sus aspectos organizacionales vinculados con la distribución de turnos, horarios y recorridos dentro del sistema de acceso a las Políticas, Planes y Programas de Salud y también a su faceta cultural o simbólica, en la que se ponen en juego hábitos y prácticas de los usuarios respecto al cuidado y autocuidado, uso, sentido de los recursos de asistencia y las limitaciones que estos imponen.

Las prácticas dentro del sector salud y las políticas sanitarias muestran la necesidad de intervenir sobre todos los recursos hu-

manos involucrados en el sector desde la perspectiva de consensuar y discutir lógicas y sentidos desde los fines últimos de las Políticas y las Instituciones de Salud. Es posible que los propios equipos de trabajo se transformen en un obstáculo o dificultad en la accesibilidad, especialmente desde una perspectiva de no comprensión de la noción de salud que atraviesa tanto a los usuarios como a los profesionales y trabajadores administrativos de las instituciones del sector. Las problemáticas actuales que se presentan en este campo son sumamente complejas y lo trascienden.

De esta manera, el sector salud presenta una serie de características llevadas a los espacios institucionales, los que pueden ser entendidos como “escenarios de intervención” (Carballada, 2007); en ellos se expresan diferentes tensiones que interpelan a las prácticas en el campo de la salud desde disímiles aspectos, como los papeles de los actores, los componentes escénicos, la historicidad de la trama en la que se desenvuelven los problemas sociales y su enlazamiento con lo económico, social y político.

Comprender a la salud y la enfermedad como proceso implica aceptar que este se constituye como fruto de una serie de tramas complejas que dialogan con diferentes formas de devenir en los órdenes político, económico, demográfico, sociocultural y medioambiental. La enfermedad, de esta manera, no es un mero producto de diferentes desajustes o alteraciones poli o unicasales, sino que se vincula con una serie de circunstancias que exceden el abordaje de una sola mirada o la sumatoria de estudios de fenómenos comprensivo explicativos.

Los escenarios actuales de la Intervención en lo Social se constituyen dentro de contextos signados por la turbulencia y la incertidumbre, se suman a la aparición de nuevos problemas junto con la emergencia de situaciones conocidas que se manifiestan de forma diferenciada por los cambios de época.

La enfermedad se entrecruza de manera compleja con la vulneración de derechos, la incertidumbre, el padecimiento subjetivo, las nuevas formas de comprender y explicar los fenómenos asociados a lo mórbido, las diversas maneras de construcción de las solidaridades en tramas heterogéneas y muchas veces, dentro del estallido de los dispositivos de asistencia que por diferentes razones muestran dificultades para abordar las nuevas demandas dentro del sector.

Así, el sujeto que llega a los servicios asistenciales de salud se constituye como alguien “inesperado”, un sujeto que las instituciones muchas veces no pueden comprender a partir de su constitución dentro de nuevas lógicas y climas de época.

La respuesta institucional en muchos casos pasa del azoramiento al rechazo, producto posiblemente de la extrañeza y el temor que causa lo diferente o lo ajeno.

De ese modo, en estas circunstancias la accesibilidad se presenta también interpelando a las prácticas y políticas del sector, en este caso desde la formación y capacitación de los equipos de salud. Es tal vez en ese punto en el que también la política social y la accesibilidad tienen posibilidades de encuentro y diálogo, pero ahora con un Estado presente y con posibilidades de ordenar esas cuestiones.

LA ACCESIBILIDAD COMO CATEGORÍA EN LAS POLÍTICAS DE SALUD

Entender la salud y la enfermedad como un proceso en el que no se trata de objetos exclusivos de la preocupación médica implica que los problemas de salud y enfermedad pueden volver a ser definidos como histórico sociales. Así, la recuperación de la inscripción de un sentido dinámico del proceso salud enfermedad implica entenderlo como una búsqueda y construcción propia de nuestras sociedades, pero también como una forma de apelación a la solución de los conflictos que plantea la existencia. En definitiva, es la posibilidad de reconocer nuestras capacidades como sociedad a la que formamos parte siendo sujetos históricosociales para detectar, identificar y resolver en forma solidaria los distintos factores que limitan nuestra vital potencialidad (Bulfón, 2004).

Estos conceptos dan cuenta de que la salud es expresión de procesos sociales, en otras palabras, es entender a los fenómenos de salud enfermedad en el contexto del acontecer ideológico, económico y político de la sociedad y no solo como fenómenos biológicos que atañen solamente a las personas aisladas desde una perspectiva ahistórica y unicausal de la enfermedad. En definitiva, esas diferentes maneras de explicar el proceso salud enfermedad también atraviesan la accesibilidad.

De ese modo, ambas concepciones de salud (histórico social y biologista) coexisten en la actualidad y sostienen distintos modelos de asistencia generando diferentes formas de accesibilidad. Los modelos unicausales herederos de las primeras formas de la higiene y el positivismo siguen construyendo prácticas cuyo objeto son

solo los cuerpos, los que durante mucho tiempo se han construido y han sido moldeados por discursos hegemónicos cuyo fin era la normalización, y donde predominaba una noción de ausencia de enfermedad como sinónimo de adaptación a sociedades injustas.

Pensar la accesibilidad como categoría relevante en la elaboración de Políticas Sanitarias involucra una serie de contingencias que implicarían la posibilidad de aplicar la visión de la salud como proceso histórico social, pero haciéndolo especialmente desde la perspectiva de los sujetos de derecho social que hacen uso del Sistema de Salud.

La incorporación de una visión “subjetiva y objetiva” de la accesibilidad podría aportar nuevas formas de construcción de acciones, signadas en este caso por la relación entre los actores sociales, el territorio, su propia perspectiva del proceso salud enfermedad, haciéndolo desde un pensar situado, tal vez más cercano a las realidades de nuestra América y alejado de las oficinas burocráticas de los funcionarios que diseñan estrategias de salud para el Tercer Mundo desde perspectivas que muchas veces recuerdan a las diferentes formas de colonialismo.

Quizás la batalla cultural contra la colonización pedagógica también pase por estos temas.

BIBLIOGRAFÍA

Bulfón, María Eugenia (2004). “Al gran pueblo argentino salud”.
Acerca de la salud, el sistema y sus prácticas. *Revista Mar-*

- gen*, N° 32, diciembre de 2004. En <https://www.margen.org/suscri/margen32/bulfo n.html>
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2007). *Escuchar las Prácticas*. Editorial Espacio, Buenos Aires.
- Ferrara, Floreal (1987). *Teoría Social y Salud*. Ed. Catálogos, Buenos Aires.
- Gillone, Alicia (2008). *La Salud como Derecho*. Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), Argentina. En https://viejositio2.apdh.org.ar/sites/default/files/u6/la.salud_.como_.derecho.pdf
- Stolkiner, Alicia (2003). Pobreza y subjetividad. Relación entre las estrategias de las familias pobres y los discursos y prácticas asistenciales en salud. *Revista de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)*, N° 3. En <https://dspace.uces.edu.ar/jspui/handle/123456789/496>

CAPÍTULO 8

EL CONSUMO PROBLEMÁTICO DE SUSTANCIAS EN ESCENARIOS DE DESENCANTO E INCERTIDUMBRE

LA ÉPOCA

En el contexto que venimos planteando, el Consumo Problemático de Sustancias se presenta en un escenario en el que pujan la desigualdad, las restricciones de la ciudadanía y los derechos subjetivos, el crecimiento de la vulnerabilidad social y la pérdida progresiva de las diferentes formas de protección social.

La pérdida de espacios de socialización y la fragmentación social muestran dificultades de diversa índole, que van desde la de desorganización de la vida cotidiana hasta la complejidad para acceder a formas constructivas de la pertenencia y la identidad.

La incertidumbre atraviesa trayectorias, territorios y sectores sociales generando nuevas e impensadas rupturas biográficas.

El Consumo Problemático, en tanto padecimiento, se convierte en una expresión del desencanto frente a un mundo fragmentado y sin sentido en el que la codicia aparece como una

propuesta válida dentro de procesos de fuerte individuación, sumado a la construcción mediática de diferentes estereotipos, prejuicios y estigmatizaciones.

Estas cuestiones son observables considerando diversos aspectos que transitan desde el sentido del cuerpo en el que se inscribe una nueva forma de la biopolítica, hasta la aparición de problemáticas sociales complejas que incorporan el sufrimiento generado por las parcelaciones institucionales que dejó como huella la crisis de los últimos años.

El discurso predominante referido a las drogas reafirma su “capacidad destructiva” y “peligrosidad”, aumentándose la carga simbólica que porta, pero a la vez transformándola en algo deseable desde pinturas y guiones de la vida cotidiana en los que todo parece fluir sin sentido. Desde esa potencialidad de destrucción se analiza el fenómeno del consumo de drogas, poniendo la centralidad en determinismos ubicados en las viejas metáforas médico biológicas de la relación causa efecto.

EL ESCENARIO

El escenario es la sociedad.

Una sociedad atravesada por relaciones violentas, fundada en nuevas formas de intimidación, en un contrato social que se diluye a partir de quienes desde el terrorismo de Mercado proponen nuevas lógicas poniendo el acento en la meritocracia, la salida individual, sin ley, sin otra legitimidad que el poder económico y la impunidad.

Vemos una sociedad atravesada por relaciones de fuerza en la que la dignidad entra en tensión con la sobrevivencia, en la que muchas veces las expresiones para nombrar problemas y acciones sobre ellos se expresan utilizando diferentes metáforas bélicas. Una cultura en la que se desarticula la noción de semejante. Nuevamente somos todos acorralados, ahora con lógicas más represivas, publicitarias y voluntaristas. Se está donde la voluntad individual hizo que uno esté. No hay sociedad responsable, la derrota es culpa solo del individuo que ingresa en un mundo en el que no se le avisó que el deber formaba parte de las reglas del juego.

La violencia de la desigualdad, el desempleo y la vigencia del Mercado funcionan como un Leviatán en tanto monstruo necesario para mantener el orden de la restricción de los derechos de quienes en disímiles grados precarizan su relación con él. La entrega de la soberanía individual al Mercado y exponerse a leyes que este genera y declama justas desde su propio discurso de legitimidad fue planteada como resolución única de la conflictividad en un gobierno de corporaciones, CEOs y gerentes. El Mercado disciplina, se entromete en la vida cotidiana, otorga un “sentido” a las relaciones sociales que, desde lo efímero, generan solo una mayor necesidad de saciar vacíos, dando momentáneamente una sensación de identidad, de pertenencia, que se hace “real” cuando se hace posible la adquisición de un objeto de consumo, que significan al fin contenciones efímeras que para saciar el vacío que producen requieren de nuevas adquisiciones o el fracaso cotidiano de la aplicación de las fórmulas de autoayuda.

Una sociedad en la que el porvenir vuelve a transitar una ruta opacada por la incertidumbre y la falta de convicciones que permitan pensar en proyectos de futuro en forma colectiva. Así, el sujeto es solo individuo precario, temporal, desde que se obtura su posibilidad de ser en su relación con otros. Hablamos de una sociedad en la que está retornando lentamente la recuperación del pasado desde lo trágico pero a la vez desde lo beneficioso, comenzando a construir nuevas formas de la verdad por fuera de los discursos hegemónicos.

En tanto sociedad, el escenario del Consumo Problemático de Sustancias da cuenta de fragmentaciones recientes y también de una puja heroica para resolver las rupturas, en la búsqueda constante de una totalidad perdida luego de años de disoluciones que remiten a los conflictos de la fundación de nuestra sociedad.

Hablamos en definitiva de fragmentaciones manchadas de sangre y silencio que van desde el Terrorismo de Estado hasta los desaparecidos sociales, alteradas hoy por persecuciones judiciales y presiones que no hacen más que deteriorar el valor de la ley, construyendo nuevas formas de subjetividad en las que el Otro se ratifica como competidor, ausente u objeto, alzándose desde una “supremacía racial” y “económica” el odio a la pobreza, al diferente.

En esa sociedad, la precariedad, la falta de certidumbre con respecto al futuro y las diferentes fragmentaciones del lazo social construyen padecimientos que son poco visibles y aún no han sido clasificados en los manuales que intentan dar cuenta de las características enciclopédicas del dolor; los lazos sociales deteriorados generan la angustia expresada en “ese” dolor que como

un fantasma se transforma en inexplicable e irreconocible tanto para unos como otros, dolor de la identidad construida en forma frágil, inestable, fugaz. El padecimiento, la falta de espacios de socialización y de construcción de sentidos que conecten al sujeto con el todo, constituyen la puesta en escena en un teatro en el que los guiones cambian en forma abrupta y dejan a muchos de los actores sin palabra, sin voz.

La fragmentación social se padece y dialoga a veces con el consumo problemático, generando una forma hipócrita de certeza y pertenencia que no hace más que repetir la lógica de la economía de Mercado, en un escenario en el que los derechos subjetivos se imponen desde lo mediático, pero su acceso y ejercicio se restringe desde las “capacidades” que otorga el dinero, donde los derechos se despojan de responsabilidad y quedan acotados al lugar del consumidor.

El desencanto de la “jaula de hierro” profetizado por Max Weber, tal vez cumplido en parte, pareciera que anula las posibilidades de reconstrucción, reparación o recuperación de ese lazo social perdido. Paradojalmente vive la angustia que implica la falta por la desaparición de un Estado de Protección Social, en un mundo de los derechos subjetivos que se enfrenta a las restricciones de los derechos sociales cuando su pérdida inicia un camino inexorable hacia la restricción de los derechos civiles.

Aun así, en estos contextos la identidad se continúa construyendo desde uniones desconocidas, aún no vistas, que se presentan como terreno a develar, que conectan a cada uno de los integrantes de esta sociedad con una cultura de la resistencia y la integración.

En ese escenario, el Consumo Problemático de Sustancias puede ser una forma de expresión del desencanto, de un malestar que aleja, separa al sujeto de los otros, de su cultura, de los elementos constitutivos de la identidad.

LOS CONSUMOS PROBLEMÁTICOS EN UNA SOCIEDAD ADOLESCENTE

Pareciera que habitamos una sociedad adolescente en la que una “etapa” de la vida se transforma en un valor en sí mismo, como un objeto de consumo para ser adquirido por adultos que se logra gracias a su inserción en el Mercado, sumado al terror al envejecimiento tal vez como forma subjetiva del pánico al futuro. Se es adolescente a costa de ropas informales, de marcas, de cuerpos trabajados en gimnasios, de cirugías, de actitudes “transgresoras”, de dietas, de lenguajes a la moda, mientras que los jóvenes “adolescentes” poseen cada vez más restricciones en su circulación, inserción e inscripción social. Así, en toda la sociedad se incrementa el uso de psicofármacos debido a los crecientes estados de ansiedad y depresión, una sociedad en la que los ancianos no son tenidos en cuenta por su sabiduría, experiencia o conocimiento, sino solamente en los casos en que logran “permanecer como jóvenes de cuerpo y espíritu”.

Se vive en una paradoja de una sociedad de adultos disfrazados de jóvenes que ocultan a estos o los exhiben a su lado como trofeos que irradian lo que no se tiene. La sociedad, de esta manera, se convierte en adolescente, se impone un de estilo de vida

que deplora el envejecimiento y exalta a la juventud mientras se encierra a los jóvenes en los circuitos de consumo, aislamiento y desconcierto. Para pertenecer a ellos hace falta obtener productos “simbólicos” que día a día se desactualizan. La necesidad de acceder a consumos emblemáticos es una forma frágil y economicista de construir un lazo social falso acompañado de una sensación de solidaridad y pertenencia.

Todo este juego se plantea en un marco de incertidumbre y decepciones que a veces se expresan en la ausencia de bordes, temor a salir y la búsqueda de exceso de estímulos, a vivir en un puro presente en el que la dificultad de pensar y contextualizar genera desconfianza y el ser se construye a través de una desesperada búsqueda de reconocimiento, de autoafirmación.

A través de un “like” en las redes sociales a veces se da una sensación efímera de pertenecer a un grupo selecto, de ser alguien saliendo de un anonimato que oprime y angustia. Esta sensación de puro presente da cuenta de la necesidad de resolver todo conflicto, duda o inquietud en lo inmediato en un contexto de precariedad y exclusión social.

Las ciudadanías se vuelven recortadas, flexibles, inestables y efímeras. De ese modo se naturaliza la exclusión social, se crean nuevas formas de estigmatización y de ser joven. Y paradójicamente, en esa sociedad, ser adolescente puede ser peligroso, tanto desde lo cotidiano como en relación con el consumo de drogas, sus efectos y sospechas. “Cuidar a los jóvenes de las drogas” surge muchas veces como discurso de adultos que exacerba la carga simbólica de la sustancia mientras oculta el uso que de ellas hacen los propios adultos.

Las drogas, de este modo, se transforman en nuevos elementos de control y disciplinamiento, especialmente desde discurso de la corrección de las conductas y los tratamientos sin contexto, sin territorio y sin historia basados en la voluntad. Se refuerza de esta manera la estigmatización naturalizándola, generando muchas veces nuevas formas de la fragmentación.

Se considera a los consumidores como jóvenes con potencial adictivo y delincuencial habitando un espacio de “guerra natural”, sin reglas y sin ley, en el que la entrega de la soberanía individual se presenta como clave fundamental actuando a la manera de una extorsión para quienes reconocen su problema y desean ingresar a un sistema de tratamiento.

Así, la asociación entre drogas y juventud es presentada desde un fatalismo en el que la única resolución es el control de determinadas poblaciones que presentan una serie de características enumeradas por expertos y manuales internacionales.

Las drogas se siguen pensando desde el discurso médico, como si fueran bacterias o virus que ingresan a la sociedad y generan dependencia por mero contacto o contagio, ratificando de esa manera la negación de la otredad.

El Consumo Problemático aún se presenta explicado desde relaciones causales, unívocas, determinadas. Así se construye un fatalismo que impide el hacer, resaltando de forma directa o indirecta la inviabilidad de determinadas poblaciones. Se sigue pensando que hay adictos porque hay drogas, mientras se vive en una sociedad en la que todo consumo es exaltado para llenar las mismas ausencias y vacíos que produce el Mercado.

Esta sociedad que se podría definir como adolescente, contradictoriamente forma parte de un país y un continente donde la exclusión social se orienta hacia los más jóvenes, donde las poblaciones carcelarias bajan año tras año el promedio de edad.

La sociedad adolescente demanda y construye cada vez más sistemas de control hacia estos, ratificándose el discurso que marca una idea de joven deteriorado, sin horizontes y esencialmente riesgoso para los demás.

EL CONSUMO PROBLEMÁTICO DE SUSTANCIAS

El consumo problemático, en tanto padecimiento, se transforma de alguna manera en una expresión del desencanto, en una civilización que desde los inicios de la modernidad comenzó lentamente a apropiarse del planeta transformado lo diferente en homogéneo o en desigualdades sociales. Desde esta perspectiva es construido como un problema social a partir de una necesidad de etiquetas y diagnósticos. De este modo comienzan a demonizarse las sustancias para luego construir diablos en quienes las usan o dependen de ellas. Así cada época construyó diferentes tipologías de drogadictos, desviados, viciosos, anormales, desde rasgos físicos, atribuciones e identidades supuestas.

Como complejo sociocultural, el Consumo Problemático muestra el sistema de trasgresiones que dialoga con esta época. Así, desde una perspectiva histórica, las drogas serán más o menos

importantes de acuerdo a las características de ese sistema y del complejo tutelar para abordar el problema.

La reafirmación de la “capacidad destructiva” de la sustancia se centra en el temor a las poblaciones que podrían estar usándola, no en el cuidado, la integración o la preocupación por el padecimiento. El Consumo Problemático —como otros consumos en tanto construcción social— logra poner en marcha la captación del deseo por una lógica capitalista, transformándolo en algo que lo vuelve insaciable, construyendo un mundo en el que la satisfacción nunca es definitiva, condensándola, llevando a lo real el mundo que occidente construyó alrededor del consumo y los objetos; en definitiva, objetos y productos que muchas veces se hacen necesarios para sobrellevar mejor un presente cargado de perplejidad.

El goce, el placer, el encanto de los objetos está, tal vez, en que detienen momentáneamente la sensación de sufrimiento que esta civilización porta como marca de origen, colmando un vacío que se hace más profundo en la medida en que se llena. A su vez, cuando ingresa en el terreno de lo ilegal, se complementa con la “necesidad” de la trasgresión, que es en definitiva funcional a una sociedad que necesita permanentemente ratificar el lugar de lo “sano” y de lo “enfermo”.

Así como en la era Victoriana la prostitución era una trasgresión “necesaria” debido a la represión sexual de los cuerpos y el deseo, el consumo de drogas actúa como excusa para imponer coerciones, siendo la coerción la negación misma de la subjetividad y la imposición de otra, preconstruida, artificial, “necesaria” a los diferentes órdenes vigentes en la historia.

El Consumo Problemático como problema social se inscribe en los cuerpos, se muestra a través de marcas que visibilizan diferentes itinerarios y procedencias, cuerpos de la pobreza, de la estética cuidada, cuerpos del encierro, cuerpos que muestran trayectorias, cuerpos en los que el padecimiento subjetivo se hace objetivo a través de cortes y señales.

De ese modo, también el abordaje del tema muchas veces se sigue pensando desde las relaciones causales a partir de prácticas discursivas que lo preceden y que se remontan a viejos postulados positivistas enraizados en las ciencias naturales, ratificando determinismos, haciendo que el tratamiento se transforme en un sinsentido.

LO ÉTICO Y LO SOCIAL EN EL CAMPO DEL CONSUMO PROBLEMÁTICO

La perspectiva ética y social implica intentar acceder a la intervención, a la comprensión y explicación en el campo del Consumo Problemático desde un proceso de conocimiento que involucre el análisis del devenir histórico y social del mismo, como así también la de su construcción y sus posibles diálogos con diferentes imaginarios sociales a través de la historia.

En este encuentro entre la historia y la construcción imaginaria de este fenómeno se articulan y generan múltiples sentidos, impactando en la mirada hacia el pasado, las formas de habitar el presente y la constitución del futuro que lo constituyen.

El Consumo Problemático se constituye como una expresión de una época que se hace cuerpo en la singularidad de cada sujeto de intervención, en tanto usuario de un modelo de tratamiento.

Lo ético y lo social se enuncian como elementos claves de una perspectiva situada, integrada a la multiplicidad de condicionantes singulares, territoriales y sociales. De esta manera, la intervenciones preventiva y asistencial se separan solo con fines operativos y analíticos, quedando enunciadas y articuladas desde el deseo como motor del hacer.

La Intervención en el Consumo Problemático es definida como un dispositivo que articula una serie de componentes que se vinculan entre sí y construyen su devenir poniendo en cuestión lo predisponente, lo condicionante y lo desencadenante. Lo asistencial y lo preventivo se confunden en un mismo campo en el que la posibilidad de amalgama se constituye desde lo territorial, esencialmente con Otros.

De esta manera es posible afirmar que las sustancias no existen como algo independiente del sentido de su utilización, que es mediado por una serie de elementos contextuales y culturales. Lo singular, grupal y territorial se hace presente como una forma de intersección indispensable en el desarrollo de abordajes que intenten dialogar con el padecimiento subjetivo como expresión de las Problemáticas Sociales Complejas y el Consumo Problemático de Sustancias.

Lo singular, lo grupal y lo territorial conforman en sí mismos una articulación de dispositivos de intervención que interactúan en las circunstancias de cada usuario que concurre a un espacio

de asistencia. El Consumo Problemático puede ser entendido entonces como el emergente de una serie de condicionantes expresados en múltiples causalidades que construyen el Problema sobre el cual se pretende trabajar.

Desde tal perspectiva, la intervención sobre los condicionantes se relaciona con inscripciones históricas y sociales que, marcando la biografía de ese Otro en tanto sujeto de intervención, se marcan y generan padecimientos que se transforman en formas de comprender y explicar la resolución, convivencia o tramitación de estos.

La intervención en estos aspectos apunta a trabajar con la mitigación del dolor que estas cuestiones generan y se expresan en la demanda, permitiendo y favoreciendo el encuentro con otras formas de relación con las inscripciones objetivas y subjetivas que se construyeron en su historia como una modalidad de abordaje que integra sujeto y contexto.

El lugar de la palabra, la escucha, la interacción con otros se hace, se despliega tanto a nivel singular como grupal y territorial, donde la creatividad, lo lúdico, lo expresivo y lo histórico constituyen una nueva posibilidad de encuentro que permite promover, profundizar y facilitar las posibilidades de habitar lo colectivo.

LA INTERVENCIÓN

Pensar el Consumo Problemático desde los derechos sociales y civiles tal vez sea una vía de entrada para discutir la relación

entre este tema y la autonomía perdida a partir de la merma de los derechos sociales, desnaturalizando de este modo las lógicas de la desigualdad, trabajando desde la noción de padecimiento subjetivo, facilitando los encuentros, la integración, cuidando en definitiva a la sociedad.

En este aspecto, este tema dialoga en forma intensa con la intervención, con el sentido de esta desde numerosas formas de interpelación. Así, la intervención requiere de un diálogo con la ética, desde una perspectiva de “deliberación” en tanto reflexión, revisando los argumentos que la justifican y que la sostienen. En tanto deliberación, la reflexión hace responsable a la intervención y ratifica —o no— su propia autonomía. Una reflexión ética implica la revisión de los marcos conceptuales, los esquemas de justificación, la mirada hacia la influencia de las representaciones sociales, los mandatos, las creencias, las construcciones simbólicas de esta.

En definitiva, los interrogantes convergen en dilucidar cuál es el sentido de la intervención en este tema, cómo hacer que esta se integre a un contexto de crisis e incertidumbre, cómo lograr intervenciones que se orienten estratégicamente a recuperar lo propio, la cultura, la identidad, la soberanía “en tanto autonomía” de ese otro.

Tal vez una posible respuesta sea dirigir la mirada hacia nuestra propia historia en términos de generar otras preguntas relacionadas con lo que nuestra sociedad perdió en las últimas décadas, reflexionando acerca de las capacidades y habilidades perdidas por las desigualdades sociales, el hambre y la injusticia, sobre cuánto de todo esto está en condiciones de ser recuperado;

interrogarnos básicamente sobre cómo pensar intervenciones que estratégicamente se orienten a una perspectiva de futuro dentro de un proyecto colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2022). *La Subjetividad como terreno de disputa*. Editorial Margen, Buenos Aires.
- Heler, Mario (2004). *Ciencia Incierta*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Varios autores (2020). *Modelo Ético Social*. Serie de Publicaciones Técnicas del Fondo de Ayuda Toxicológica (FAT), Buenos Aires.
- Murillo, Manuel (2019). *Deleuze & Guattari. El Deseo y lo Social*. Editorial Brueghel, Buenos Aires.
- Sissa, Julia (1999). *El Placer y el Mal*. Ediciones Manantial, Buenos Aires.

CAPÍTULO 9

LA INTEGRACIÓN DESDE LA CULTURA. LOS LAZOS SOCIALES

El ser humano nunca fue estado de naturaleza, siempre fue ser histórico. Y además nunca fue individuo, siempre fue comunidad. (Enrique Dussel, 2019)

La comunidad, se puede pensar desde el sentido de grupos formados a partir de la intimidad, la cohesión emocional, la profundidad y la continuidad. (Robert Nisbet, 2003)

TRAMAS Y LAZOS SOCIALES

El sujeto puede ser entendido como una producción socio histórica, configurado en una trama compleja en la que se entretrejen vínculos y relaciones sociales. De esta manera, la subjetividad se construye histórica y socialmente a partir de diferentes procesos de interacción social en distintos contextos y escenarios. La subjetividad es al mismo tiempo singular y emergente de las tramas sociales que la trascienden, los impactos de lo macrosocial, guardando a su vez capacidad de ser productora y producida.

La subjetividad se construye a través de diferentes tramas sociales atravesadas por distintos contextos y la memoria que les

otorga historicidad y sentido. Es posible pensar que las tramas sociales se construyen a través de relatos en los que se detallan diferentes sucesos, acontecimientos y papeles que signan la trayectoria de los actores sociales que las atraviesan.

Las tramas sociales evocan la posibilidad de realizar una significativa multiplicidad de conexiones y relaciones que cambian y se deslizan en los lazos sociales, fortaleciendo su construcción y sentido.

De esta forma, las tramas sociales pueden ser entendidas como una combinación de vínculos intrincados a veces de difícil comprensión y especialmente cambiantes. Las tramas sociales se construyen desde las posibilidades de intercambio que otorgan los lazos sociales y su multiplicidad de sentidos.

Los lazos sociales pueden entenderse como un elemento constitutivo y especialmente un componente clave en la construcción de sociabilidad, especialmente a partir de las características de interacción de las relaciones humanas que se construyen desde la informalidad a través del parentesco, vecindad, trabajo, recreación y amistad. Se elaboran y se expresan en el mundo de la vida cotidiana y dan cuenta de una serie de componentes que pueden entenderse desde sus características materiales y simbólicas.

Los lazos sociales se constituyen, también, desde la transmisión de pautas culturales instituyendo formas de codificación, comprensión y explicación de la vida social y los problemas sociales a través de acciones intersubjetivas. El lazo social también se constituye desde la transmisión de pautas culturales, formas de codificación, comprensión y explicación de los problemas sociales.

Por otra parte, a partir de esa sociabilidad “informal” que se funda en las interacciones, se sostiene, modifica y articula el Sistema de Creencias² que fortalece la identidad de un grupo o red que se constituye a través de ellas.

La noción de lazo social en clave de Intervención implica que el sujeto está siempre en relación a la noción de Otredad. La Otredad, en tanto, es parte fundamental de la subjetividad cultural, colectiva y territorial.

Un Sistema de creencias puede entenderse como un conjunto de ideas, valores, juicios, que un grupo o comunidad acepta como verdaderos y desde allí generar acciones en la dinámica de su vida cotidiana. Se considera que un Sistema de Creencias se va construyendo y reformulando en diferentes procesos de interacción entre las personas, siendo clave los papeles del lenguaje y la cultura.

La existencia del sentimiento de pertenencia condiciona a la comunidad en tanto territorio y se relaciona con una serie de interacciones que abarcan tanto lo material como lo simbólico. De esta forma, sin Otredad no hay pertenencia, siendo los lazos sociales un elemento relevante en su constitución.

2. Un Sistema de creencias puede entenderse como un conjunto de ideas, valores, juicios que un grupo, comunidad acepta como verdaderos y desde allí generar acciones en la dinámica de su vida cotidiana. Se considera que un Sistema de Creencias se va construyendo y reformulando en diferentes procesos de interacción entre las personas, donde son clave los papeles del lenguaje y la cultura.

La pertenencia y la cohesión social se apoyan esencialmente en la comunión en tanto integración intersubjetiva de creencias y de sentimientos, teniendo en cuenta que un Sistema de Creencias puede entenderse como un conjunto de ideas, juicios y valores que una persona considera válidos y que fundamentalmente influyen en su forma de pensar y actuar.

LAZO SOCIAL Y SISTEMAS DE CÓDIGO Y SANCIÓN

Por otra parte, el sistema de códigos y sanciones es una condición para la constitución del lazo social; desde allí se regulan y ordenan las vinculaciones entre los sujetos. En otras palabras, el manejo de las regulaciones y códigos dan cuenta de la forma de tramitación, aplicación y construcción permanente del lazo social. En su doble vertiente, las regulaciones prohíben y disponen a la vez; esto significa que tienen la capacidad de establecer los bordes de lo que no se puede dentro del marco de la cultura y delimitan a su vez lo posible dentro de una perspectiva socio histórico y territorial.

En líneas generales, cuando se reduce el Sistema de Protección Social, la cohesión social se fragmenta. Ante la desprotección aumenta la conflictividad a nivel territorial, se incrementa la trasgresión a la ley y allí es posible que los lazos sociales se articulen y se constituyan en formas de aglutinamiento sectorial o de autoprotección o bien que ingresen hacia una nueva forma de fragmentación, de allí que sea posible pensar la importancia de la

recuperación y fortalecimiento de los lazos sociales como una forma de restablecer la integración de la sociedad y la importancia de los sujetos colectivos en tanto movimientos organizacionales de cuidado de la sociedad.

Desde el fortalecimiento y recuperación de los lazos sociales se presenta la posibilidad de reconstrucción de espacios de socialización y la facilitación de la puesta en marcha de abordajes territoriales de orden transversal, como por ejemplo la potencialidad territorial como espacio de resolución de conflictos. Los lazos sociales también se sostienen a partir de diferentes formas de codificación de orden cultural en tanto sistemas de significados, símbolos, valores y normas que actúan como regulaciones de las acciones de las personas que conforman una comunidad. La codificación de esta manera se presenta como una especie de lenguaje acordado y compartido que genera cohesión.

A su vez, el lazo social se construye a través de una serie de efectos de reciprocidad e intercambio que pueden entenderse como motivaciones de orden sociocultural. De ese modo, el lazo social conforma una construcción colectiva en la que las acciones se articulan y adaptan en relación a los propios actores sociales.

Los Lazos Sociales se articulan y constituyen en formas de aglutinamiento sectorial o de autoprotección. Se podría afirmar que las construcciones de tramas sociales que surgen a partir de relaciones de intercambio y reciprocidad conforman sistemas reguladores de orden cultural. Así, desde los lazos sociales se construyen expectativas de reciprocidad singular que, en tanto elementos simbólicos, signan y dan sentido a las relaciones entre

el sujeto y el mundo social. De allí que desde lo cultural, el lazo social precede, está latente como una necesidad a construir desde la sociabilidad.

LOS LAZOS SOCIALES, ALGUNAS CUESTIONES TEÓRICAS E INSTRUMENTALES

De esta forma, el lazo social se presenta como un factor de integración social a nivel territorial institucional y microsocioal que se constituye en la vida cotidiana, presentándose como un elemento significativo en la construcción cultural de lo común.

Sus características fundamentales podrían presentarse en la generación de formas de intercambio y reciprocidad que implican predictibilidad en el Otro y ratificación de las formas de cohesión grupal. A su vez, es posible determinar que sus componentes son materiales, simbólicos e imaginarios, de ahí que se generan diálogos entre lo macro y lo microsocioal, en un espacio que le da forma a lo relacional.

Desde los lazos sociales se producen interacciones que llevan a construcciones intersubjetivas y desde allí las posibilidades de construcción de pertenencia, identidad y protección. Así, el lazo social construye también diferentes lenguajes en tanto formas de relación e intercambio, anudando las relaciones, generando una vinculación con una historia que nos precede.

Desde que la vida cotidiana transcurre en sociedad, el lazo social puede entenderse como aquello que liga, ata, relaciona a

unos con otros, construye una forma de “estar siendo” signada por la cultura, su forma de construcción de sociabilidad y las capacidades de construir relaciones sociales; vincula lo cotidiano con lo estructural, en definitiva fortalece y se hace indispensable para la integración de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2024). *Lo Histórico, lo teórico y lo Metodológico*. Editorial Margen, Buenos Aires, 2da Edición.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2013). La Intervención Social en los escenarios actuales. Una mirada al Contexto y el Lazo Social. *Revista Margen*, N° 68. En <https://www.margen.org/suscri/margen68/carballeda.pdf>
- Dussel, Enrique (2019). *El individuo siempre fue comunidad*. En <https://www.youtube.com/watch?v=8EshhfwS2FM>
- Ferrari, Héctor (2021). Lazo social. Revisitando Psicología de las masas y análisis del yo. *Psicoanálisis*, Revista editada por la Asociación Psicoanalítica Argentina, Vol XLIII (N° 1 y 2). En <https://www.psicoanalisisapdeba.org/autores/hector-ferrari/lazo-social-revisitando-psicologia-de-las-masas-y-analisis-del-yo/>
- Klein, Maia (2017). Lazo Social y Contexto. *Revista Margen*, N° 86. En https://www.margen.org/suscri/margen86/klein_86.pdf

Kusch, Rodolfo (1999). *América Profunda*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

Marchevsky, Carlos (2006). *El Lazo Social*. Espacio Editorial, Buenos Aires.

Nisbet, Robert (2003). *La Formación del Pensamiento Sociológico*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.

CAPÍTULO 10

CARTOGRAFÍAS E INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

Degollada y borrada ha quedado esa hacienda, pero nos queda una precisa mención de una “mula tordilla” que anda en la chácara de Palermo, término de esta ciudad. La veo absurdamente clara y chiquita; en el fondo del tiempo... Bástenos verla sola: el entreverado estilo incesante de la realidad; con su puntuación de ironías, de sorpresas, de previsiones extrañas como las sorpresas, solo es recuperable por la novela. Afortunadamente, el copioso estilo de la realidad no es el único: hay el recuerdo también, cuya esencia no es la perduración de rasgos aislados.

(Jorge Luis Borges, 1965)

Constituir un territorio para mí constituye prácticamente el nacimiento del arte. (Gilles Deleuze, 1996)

EL TERRITORIO COMO ESPACIO DE INTERVENCIÓN SOCIAL

Desde la complejidad de los escenarios actuales de intervención en lo social, lo territorial se presenta como un espacio de mirada y análisis que requiere de lecturas que trasciendan las descripciones formales o cuantitativas.

El territorio construye subjetividad y es construido desde ella. Lo territorial es memoria, recuerdos y “previsiones extrañas”, poseyendo también una posibilidad de acceso a la diversidad de imágenes, representaciones, imaginarios y sentidos que trascienden a la realidad desde fisonomías que cambian a partir de innumerables expresiones. La intervención social actúa sobre el cuerpo y la subjetividad en interacción y diálogo con el territorio. Desde ese encuentro se construyen diferentes formas de producción de saber y significaciones sobre el mundo de la vida y su cotidianidad. Ese saber también interactúa con el territorio, se transmite e inscribe en las alteraciones que surgen en sus trazados, fluye sobre él, lo transforma, lo intensifica, lo desbloquea y expone. El territorio puede ser entendido como una construcción social que se desarrolla a partir de las significaciones y usos que los sujetos construyen cotidianamente a partir de historias comunes, usos y sentidos. Así como sujetos somos seres con historia, el territorio también la tiene y es construida en forma colectiva.

Desde la historicidad el territorio se transforma en un “lugar” delimitado por lo real, lo imaginario y lo simbólico. Esa delimitación marca los bordes que encierran al territorio en sí mismo, pero como tales, esas orillas están en constante movimiento.

El territorio es el lugar donde la identidad y la pertenencia son fundamentos de la cohesión social, ya que es habitado por la memoria y la experiencia. Entendiendo a la identidad social como una serie de atributos reconocibles en un sujeto y que son acompañados por otros miembros de su grupo de pertenencia,

esa construcción social de la identidad se entrelaza con lo cultural, al conjugarse una serie de pautas y valores también compartidos. Es posible también definir lo territorial desde esos aspectos.

El territorio es también el espacio que acoge y en cuyo seno se desarrolla la vida social, la actividad económica, la organización política, es decir el presente y el futuro de una comunidad social. En definitiva, en él se inscriben las huellas de cada sociedad.

El territorio es un espacio construido desde lo social, concentrándose en él interacciones y prácticas sociales, pero también puede ser entendido desde una perspectiva dinámica de movimiento en la que se puede entrar y salir. A esa movilidad Gilles Deleuze (1996) la denomina “desterritorialización”. Por ejemplo:

[...] luego caí en la cuenta de que en Melville se repetía todo el tiempo la palabra “outlandish”, y outlandish —en fin, lo pronuncio mal— significa exactamente el desterritorializado, palabra por palabra... no hay territorio sin un vector de salida del territorio, y no hay salida del territorio, desterritorialización, sin que al mismo tiempo se dé un esfuerzo para reterritorializarse en otro lugar, en otra cosa.

Las Cartografías Sociales nos aproximan a ese juego de entrada y salida, es preciso irse para volver a entrar y reconocer más y nuevas singularidades en cada espacio. De esta manera, las Cartografías Sociales facilitan ese juego de entrada y salida que permite ver al territorio desde diferentes perspectivas y actores, al territorio como lugar.

CARTOGRAFÍAS, TERRITORIO E INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

El acceso a lo territorial se presenta como una necesidad para conocer e intervenir en diferentes procesos sociales. Si el territorio es también historia, tiene inscripto en sí mismo dificultades y posibilidades de resolución. Las cartografías sociales se presentan como un instrumento o metodología que construye el acceso a ese conocimiento, tanto como sus posibilidades de transformación.

Como dispositivos de intervención, las cartografías abren nuevos escenarios aportando una mirada diversa y compleja de lo territorial; pero por otra parte, las cartografías también facilitan la construcción de conocimiento colectivo y desde allí, posibilitan generar acciones que transformen al territorio. Como forma de poner en imágenes la realidad, facilitan el encuentro de diferentes lenguajes y saberes, representaciones y deseos colectivos. Como modalidad de intervención grupal, también logran darle un carácter mancomunado a la acción.

La aplicación de las cartografías sociales conjuga la palabra, la observación y la construcción en conjunto a través de las representaciones de los mapas, produciendo diferentes formas de intercambio y retroalimentación. Dentro de este dispositivo de intervención es posible construir diferentes y múltiples transcripciones, interpretaciones y miradas que proponen y expresan diferentes maneras de comprender y explicar a través de una posibilidad de generación de consensos.

Desde lo metodológico, las cartografías proponen diferentes lenguajes, lo escrito, la palabra, los gráficos y la posibilidad de

expresar el territorio desde diferentes formas de aproximación. A partir del lenguaje gráfico se muestran otras posibilidades de encuentro que permiten diferentes formas de mirada a lo territorial, tanto desde la aproximación como desde la toma de distancia. En ese cambio de perspectivas acompañado por el relato, la interpretación y diferentes formas de circulación de la palabra es que se construye una nueva forma de conocimiento esencialmente dinámica, constituyendo de alguna manera una nueva modalidad discursiva en la que se plasma lo escrito y los gráficos puestos dentro de una escena determinada.

Así es posible pensar a las Cartografías Sociales como una forma de lenguaje. La intervención es lenguaje en la medida que transforma, se inscribe y circula; de allí que las cartografías se presenten como un nuevo instrumento de intervención social que escenifica situaciones, describe telones de fondo y tiene la capacidad de aproximarse a la construcción del mundo de los actores sociales.

La realidad “posee un entreverado estilo” que quizás pueda ser dilucidado en su complejidad a través de formas de conocimiento que no busquen la exactitud objetiva sino formas de aproximación subjetiva que puedan dar cuenta de parte de las imágenes y los sueños que nos rodean. La novela tal vez lo resuelve, pero también es posible pensar formas organizadas de conocimiento de esta que construyan relatos que surjan de la subjetividad de los actores sociales. La confusión que signa los espacios actuales de intervención requiere de nuevas historias que dialoguen con las viejas, pero que puedan surgir a través de otras formas de expresión.

Desde una perspectiva metodológica, las Cartografías Sociales se presentan como un proceso que se lleva adelante a través de diferentes actividades, en las que el tiempo que transcurre está signado por ellas y sus propósitos. Como forma de mirada singular a la realidad desde diferentes formas de apertura a esta, las cartografías tienen la posibilidad de expresar confrontaciones, contradicciones, consensos y soluciones. Las Cartografías Sociales permiten diferentes formas de conocimiento de lo territorial. En este aspecto, sobresale la posibilidad de acceder al territorio incorporando elementos fácticos, pero también subjetivos. Desde esta perspectiva, lo subjetivo implica la acción y la representación de los actores sociales atravesados por circunstancias históricas, culturales, económicas y culturales.

En definitiva, las cartografías sociales se involucran con la posibilidad de conferir visibilidad desde la identidad del territorio, facilitando el acceso a este desde un compromiso con el pasado, presente y futuro de los diferentes procesos que acontecen en una localidad o región.

ALGUNAS CUESTIONES METODOLÓGICAS

Como instrumento de intervención, las Cartografías Sociales se trabajan partiendo de la identificación de categorías, variables e indicadores con la finalidad de organizar una primera etapa de la información. Para tal fin es relevante definir el sentido de la acción, la intencionalidad de la misma y la escala de esta a nivel barrial, local y regional.

Esta modalidad de intervención es esencialmente grupal. Dentro del proceso de intervención social a través de cartografías, un grupo puede ser entendido como un determinado número de personas que tienen como perspectiva alcanzar un objetivo común vinculado con el conocimiento y la interpretación del territorio, formando parte durante un período de tiempo de un proceso de comunicación e interacción. De este modo se presenta como necesaria la construcción de un sistema de pautas comunes junto con una distribución de tareas. Pero, por otra parte, la interacción grupal que se produce a partir de la aplicación de cartografías sociales es singular y genera nuevas modalidades y visiones, tanto desde lo grupal como desde lo territorial.

A su vez, esa nueva forma de grupalidad comienza a interactuar con lo territorial brindando la posibilidad de entender lo grupal como un proceso que se abre a una serie de perspectivas imaginarias y reales, teniendo como horizonte la cohesión en el desarrollo de la tarea y la posibilidad de re-ver o visualizar lo territorial desde múltiples miradas que se sintetizan en propuestas de intervención. En otras palabras, la utilización de dispositivos grupales desde las cartografías sociales tiene dos formas de registro, por un lado la propia integración del grupo y, por otro, la elaboración de estrategias que permitan resignificar lo territorial.

Las cartografías pueden ser asociadas a diferentes formas de registro, especialmente desde lo visual, pero también desde el relato. Contar la historia de un barrio y ubicar sus puntos sobresalientes desde lo territorial permite articular las diferentes formas

del relato con lo percibido, donde las imágenes tienen la posibilidad de cobrar formas más relacionadas con las significaciones que les otorgan los propios actores sociales.

Las narrativas vinculadas con el territorio se sustentan a partir de diferentes elementos, tales como la naturaleza, el paisaje, los aspectos ambientales, lo cultural, las formas de explicación de las circunstancias que lo rodean, los sueños y deseos y las fronteras que se demarcan desde una articulación singular entre lo material y lo simbólico. Desde el lenguaje se construye la identidad territorial, en la que es posible reconocer la integración de las continuidades históricas, el medio físico y los aspectos socioculturales, en relatos que surgen de estas formas de contar historias dentro del contexto de un proceso de intervención con cartografías. Pero esta manera de describir tiene diferentes aspectos, en los que se conjugan la palabra y la imagen en forma de memoria visual.

De ese modo, la memoria visual también articula lo significativo y lo simbólico con el orden de lo real. También este proceso se relaciona con las posibilidades de interpretación que surgen de recoger la memoria visual, lo que permite —o a veces requiere— la complementación con otros instrumentos y métodos. Así, las cartografías pueden ser complementadas con representaciones teatrales, murales, fotografías y filmaciones que van ampliando la disponibilidad de recursos para acceder a lo territorial desde diferentes lenguajes.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

El territorio como espacio de contención de los escenarios sociales puede presentarse en forma heterogénea, con distintas lógicas, diferentes formas de comprensión y explicación de los problemas sociales a partir de los propios actores que lo habitan.

Estas territorialidades son vividas por distintos grupos sociales en espacios en los que la fragmentación vincular y la pérdida de lazo social, generan e inscriben en las historias sociales diferentes formas de padecimiento y elaboración de resistencias subjetivas e intersubjetivas.

Estas diferentes historias amplían desde la práctica la noción de cuestión social. Así, la aproximación a lo subjetivo permite conocer con mayor profundidad los problemas sociales sobre los que se interviene, incorporando de esta forma más instrumentos de análisis y conocimiento.

De ahí que la intervención desde lo territorial se acerca a la noción de espacios microsociales y también a la de escenario de intervención. Desde ellas se hace posible comprender y explicar las diferentes expresiones de la cuestión social abarcando distintos ángulos, perspectivas y visiones.

Las Cartografías Sociales se presentan como un instrumento capaz de dar cuenta de esos procesos, construcciones y significaciones, no solo desde una visión descriptiva sino generando, desde su propia aplicación, diferentes formas de integración y posibilidad de recuperación del lazo social perdido, aun desde de la persistencia del discurso neoliberal.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, Jorge Luis (1965). *Evaristo Carriego*. Ed. Emecé, Buenos Aires (3ra edición).

Deleuze, Gilles (1996). *El abecedario de Gilles Deleuze. Conversaciones con Claire Parnet*. Documental dirigido por Pierre-André Boutang y Michel Pamart. La Fémis, Soda-peraga Productions, Francia.

OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL

SÁNCHEZ ZEPEDA, ANDREA KENYA (2025). *Interpelaciones metodológicas para la Investigación desde el Trabajo Social. Reflexiones desde una práctica investigativa situada frente al Caso Ayotzinapa*. (1ra edición).

CARBALLEDA, ALFREDO JUAN MANUEL (2024). *Lo histórico, lo teórico y lo metodológico. Apuntes para la intervención social*. (2da edición).

GONZÁLEZ, SUSANA (2024). *Los últimos*. (1ra edición).

RED TEJIDOS INTERCULTURALES Y DE(S)COLONIALES DEL TRABAJO SOCIAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO (2023). *Tejiendo la descolonización del Trabajo Social*. (1ra edición).

CARBALLEDA, ALFREDO JUAN MANUEL (2023). *La Subjetividad como terreno de disputa. Ensayos teórico-metodológicos acerca de lo social hoy*. (3ra edición).

DE LA ALDEA GUERRERO, E. & ARELLANO ESCUDERO, N. (2023). *Espiral de voces en nuestra América. Pensar los Cuidados en Pandemias*. (1ra edición).

CARBALLEDA, ALFREDO JUAN MANUEL (2020). *La medicalización como trasfondo de la Intervención Social*. (2da edición revisada).

AGUILERA, CLAUDIA (2020). *El Trabajo Social como campo de intervención con adolescentes con conductas autodestructivas. Una mirada epocal*. (1ra edición).

